

El cantar de los Muertos: El lamento del hombre muerto

Amarie P. King

El Cantar de los Muertos

El Lamento del Hombre Muerto

Amarie P. King

Capítulo 1

El cantar de los Muertos

El Lamento del Hombre Muerto

Todos los derechos reservados

Capítulo 2

Capitulos

-Robert

-Marcus

Todos los derechos reservados

Capítulo 3

Robert

Una suave niebla flotaba alrededor de unos viejos árboles de un viejo bosque.

La luz de la luna brillaba sobre la oscura y espesa sangre que manaba de los retorcidos troncos y raíces de los corrompidos árboles arrugados. El suelo calcinado cubría todo más allá de donde alcanzaba la vista. Las cobrizas hojas de los árboles permanecían inmóviles, a falta de un viento que las agitara. Un pequeño lago burbujeante, infestado de cadáveres aun en descomposición, armados con sus antiguas armas y ropajes, desentonaba con gran amargura. Los blasones de sus jubones habían quedado ahogados por la suciedad y el paso de los años. Los arrugados jirones de carne podrida se desprendían con facilidad de sus negros huesos. Miraban con las cuencas vacías e inexpresivas a la nada, mientras sujetaban entre sus inertes dedos huesudos el acero que antaño les dio la gloria y el fracaso. Entre la maraña de restos convivían gusanos, las larvas, moscas, mosquitos y, una extraña especie de rana de color verde, con lunares amarillos y naranjas, llamada Silus. Fue bautizada en honor a su difunto descubridor, Silus Obort. Murió poco después al probar accidentalmente el veneno. Se arrojó por el acantilado Verde después de mostrar síntomas de locura e histeria. <<Soy un gigante>> aquellas fueron sus últimas palabras mientras casi a la vez que sonreía.

No era la primera vez que Robert paseaba por aquel sombrío lugar. Cada noche lo visitaba. Al igual que la noche anterior y la anterior... A diferencia de sus compañeros de la guardia que, preferían visitar el prostíbulo de la Dama Rosa, muy cerca del puesto fronterizo, en un pequeño pueblo maderero de no más de cien habitantes. Un cuervo negro de ojos verdes le daba la bienvenida todas las noches, sobrevolando sobre su cabeza, graznando y agitando las alas, a la espera para poder arrancarle los ojos de las cuencas y darse un succulento manjar. Nada que ver con la bienvenida que recibían sus compañeros de la Dama Rosa.

Un olor putrefacto manaba de todos los rincones. El olor era tan desagradable que en ocasiones era casi imposible llevarse una bocanada de aire fresco a sus pulmones azotados por la enfermedad. Pequeños remolinos de tierra lo seguían. El humo de algún lejano incendio, al que no alcanza ver, se entre mezclaba con la neblina que flotaba alrededor de los árboles. Tenía los ojos enrojecidos y escocidos.

Puso un pie sobre el suelo calcinado y luego otro, como si hubiese olvidado como caminar. Estaba blando y crujiente. Le recordaba al pan

que casi todas las mañanas robaba cuando tan solo era un niño de once años. Crujiente y dorado por fuera y blando y esponjoso por dentro. Todo un manjar digno de robar. Muy diferente del pan que solía salir todas las mañanas de las cocinas del puesto de la guardia fronteriza. <<No me aliste por la comida>> nadie en su sano juicio lo haría.

—¿Qué camino sigo hoy? —preguntó al cuervo, mientras miraba hacia la oscuridad—. Ayer fui por ese y la otra vez por aquel— le señaló con la mano para que el cuervo pudiera verlos. El cuervo no le hizo caso. Tenía clavada la mirada en un agujerito que había en la rama—. Iré por el de la izquierda, aunque da igual el que tome, todos me llevarán al mismo lugar— sus palabras se congelaron en el aire helado.

Picoteó un gusano que salió del interior de la rama, aleteó las alas negras y se lo tragó. Soltó un graznido y movió la cabeza.

—Sigamos nuestra marcha— dirigió sus pies descalzos hacia el camino que había elegido, bajo la atenta mirada de su acompañante alado. Aun saboreaba su reciente comida. Era extraño, no sentía nada; ni frío, ni dolor. Era como si sus pies estuvieran tan muertos como los hombres que dormían apaciblemente en la ciénaga. A veces los envidiaba.

Las horas pasaban rápido por aquellos caminos y senderos. <<Todo parece exactamente igual amigo, podrías echarme una mano y decirme por dónde ir. Desde ahí arriba todo se debe de ver mejor>> Los árboles eran casi todos iguales, retorcidos y manchados de esa sangre negra y espesa que manaba de su interior. Mirase adonde mirase había estanques cubriendo las zonas allí donde no habían logrado crecer los árboles. Pequeños arbustos con pequeñas púas cubriendo sus ramas desnudas y medio secas, crecían entre las raíces de los árboles más grandes, alimentándose de su sangre como sanguijuelas.

De vez en cuando alzaba la mirada al cielo de ramas y hojas para intentar ver la luna que dejó atrás mucho antes de que su viaje comenzara. Su amigo había desaparecido y aparecido otra vez. <<¿Adónde irá?>> Se preguntó en el interior de su cabeza para que el cuervo no pudiera oírlo.

Un zumbido muy leve llegó hasta él. No era difícil pasarlo por alto. Era el único ruido que se oía allí dentro, aparte del graznar del cuervo y el crujido de sus pisadas.

Dirigió sus pasos hasta el ruido, otra vez. Ya estaba cansado de hacer siempre lo mismo. Recorrer los mismos caminos, ver los mismos pantanos apestosos, con sus repugnantes incestos y el cuervo revoloteando sobre su cabeza. <<No me voy a morir cabrón enfermizo.>> se repetía una y otra vez para sí.

A pocos metros de él, una pequeña luz roja, seguida de unos zumbidos más fuertes, apareció entre dos árboles. A la vez que avanzaba la luz se hizo cada vez más visible y el zumbido más irritante. Detuvo sus pies a quince pasos de ella. Como si tuviese otra alternativa. La luz manaba de un gran altar de granito color azulado, con vetas en azul y rosa y con unas inscripciones en una extraña lengua que desconocía y que no había visto nada más que en aquel bosque.

La inscripción estaba destruida en gran parte. En el otro extremo estaba intacta:



Robert se acercó con cautela al altar para ver más de cerca aquella extraña luz en forma de semicírculo que desprendía un intenso calor. Cuando estuvo de frente, vio que aquella luz provenía de una pequeña piedra roja, tallada con algunas formas negras que no lograba distinguir. Jamás había visto nada tan bello y tan cautivador como aquella piedra. <<¿Cómo es posible que exista algo así en un lugar tan lúgubre como este?>> Se quedó embobado mirando como sus líneas cambiaban de lugar y de forma. Los dibujos en forma de rombo que bailaban dentro de sus cuadrados, se agrandaban y se empequeñecían hasta tal punto que desaparecían y volvían a aparecer. Sus colores brillantes como el mismísimo sol se oscurecían y se aclaraban. Entendió porque alguien querría adentrarse en un lugar tan desagradable y nauseabundo como ese. Tras unos segundos, se llenó de orgullo. Nadie había llegado tan lejos. Todos habían muerto en alguna apestosa ciénaga o, acabado en el estómago de alguna criatura que no había logrado ver.

Metió la mano inconscientemente para agarrar tan maravilloso tesoro. Su interior estaba tan frío como el hielo. <<¿Por qué haré todas la noches lo mismo si ya sé cómo va a acabar todo?>>

La luz comenzó a envolverlo todo, dándole al bosque un aspecto aún más aterrador del que ya tenía. Retiró la mano. Un pinchazo le recorrió desde el codo hasta la muñeca. Aún conservaba su brazalete de cobre entrelazado. Intentó mover sus agarrotados dedos azulados. No había sentido tanto dolor como el que sintió en ese sueño. Clavó la rodilla en el

suelo calcinado.

<<Esto no es real—se dijo así mismo a la vez que se golpeaba la cabeza con la palma de la mano—. Esto no es real— removi6 la tierra quemada desesperadamente—. ¿D6nde est6?— se pregunt6— ¿D6nde cojones esta? Estaba aqu6, porque no est6>>

Camin6 de rodillas, escarbando al igual que lo har6a un perro, hasta encontrar los huesos de alg6n desdichado animal. Sus u6as y sus dedos estaban negros como el suelo por el que se arrastraba, cubiertas de tierra y holl6n. Quit6 los restos de pelo y piel podrida. Parti6 una de las costillas del animalillo y se pinch6 repetidas veces en dedos y manos. Ni una gota de sangre sali6 de sus amoratadas venas. Ten6a la piel tan dura como el cuero de las armaduras que usaban los reclutas en los entrenamientos.

Su amigo alado se pos6 sobre su cabeza y dio unos cuantos picotazos en su enmara6ado pelo negro. Lo apart6 de un manotazo y se toc6 con la otra mano. El cuervo sali6 volando entre protestas. Cada uno de sus dedos se manch6 de sangre, o eso cre6a, o parec6a, no estaba muy seguro. Dirigi6 la mirada de nuevo hacia su mano. El color azulado desapareci6. Movi6 los dedos con asombro. <<Para que me sorprenda, ya sab6a que esto iba a pasar. Tonto de m6— golpe6 el suelo con el pu6o cerrado. Algunas astillas de hueso se clavaron en su mano—. ¿Por qu6 me pasa esto?>> Se pregunt6. Ten6a unas ganas tremendas de acurrucarse en una esquina y echarse a llorar. Pero ni eso pod6a hacerlo, qu6 pensar6an de 6l, un guardia fronterizo sollozando como un ni6o. En esos momentos dese6 con todas sus fuerzas volver a ser un ni6o para pedir ayuda.

<<¿Qui6n me ayudari6?— pens6 amargamente—. Solo estamos 6l y yo, y no creo que pueda ayudarme.>>

Se acord6 entonces de la 6nica persona que se hab6a preocupado por 6l, un mendigo de bast6n de roble, barba afeitada y la cabeza rapada cubierta de cicatrices. Sol6a vivir cerca de las criptas de la Mano Rota, entre los restos de un viejo edificio, a las afueras de la ciudad. El mendigo sol6a contarle historias sobre los fantasmas que habitaban entre los restos. Fantasmas de se6ores pasados, que siglos atr6s hab6an dominado la ciudad de Dorem.

<<Esto no es real— se repiti6 as6 mismo—. Esto no es real. Debo actuar como un hombre y no como el ni6o asustadizo que era.>> Robert se recompuso, al menos por el momento. Siempre estaba muy presente el cobarde que habitaba en lo m6s profundo de su interior. El cobarde del que todos se re6an y mofaban.

Consigui6 levantarse del suelo, con los pantalones y las mangas de la camisa manchadas de holl6n y barro. Una pesada puerta de madera,

cubierta de enredaderas de hojas blancas, situada detrás del altar, comenzó a abrirse poco a poco. El crujido de la vieja y apolillada madera y el ruido que producían las frágiles ramitas de las enredaderas al partirse, lo puso muy nervioso. Recordó lo siguiente que iba a suceder. <<Esto no es real— cerró los ojos con fuerza mientras se repetía lo mismo—. Esto no es real. Esto no es real.>>

Abrió los ojos y miró directamente hacia la vieja construcción. Las grietas y recovecos habían sido cubiertos por todo tipo de hierbajos y de la tierra que las lluvias habían arrastrado. Robert podía sentir como los seis ojos de piedra, con lágrimas de sangre grabadas en la pared del edificio, lo miraban. La oscuridad total inundaba la habitación, impidiéndole ver lo que ocultaba en su interior. Algo comenzó a moverse dentro de la habitación. El niño asustadizo que habitaba en él estaba a punto de salir nuevamente. El corazón comenzó a latirle con fuerza.

—Robert— susurró una voz ronca procedente de todas partes y a la vez de ninguna parte—. Robert...Robert...

—¿Quién eres?— respondió Robert tembloroso—. ¿Qué quieres de mí?

—No quiero nada de un mortal insignificante, eres tú el que me ha estado buscado todo este tiempo, por eso te he traído hasta mi reino.

—No sé quién eres ni porque estoy aquí, como voy a querer buscarte. No eres nada para mí—. Robert se movía de un lado a otro, intentando localizar la voz que le hablaba. <<Recuerdo haber oído esta voz en alguna otra parte.>>

—Busca en tu interior y podrás encontrarme— respondió la voz.

—¡Muéstrate!— gritó con fuerza—. ¡Muéstrate!

—¿Por qué tiembles? ¿Me tienes miedo?

Se agarró la mano con fuerza para intentar controlar el temblor que se había desatado.

—Aun no eres digno de verme, puedo sentir el miedo de un niño en ti. Este mundo es solo para aquellos que son capaces de ver más allá de lo que tienen ante los ojos.

—No soy ningún niño.

—Si lo eres— dijo la voz—. Podrás verme cuando seas capaz de dejar atrás tu pasado, solo entonces podrás moverte libremente por el mundo de los vivos y los muertos, la luz y la oscuridad. Hasta que ese día llegue

tendrás lo que te mereces. La oscuridad será tu hogar.

—No eres real, nada de esto lo es.

—Si lo es...— soltó una carcajada.

La extraña voz se desvaneció entre la oscuridad. La puerta se cerró de golpe. Trozos de tierra y gravilla sembraron el suelo.

Robert despertó muy alterado de su sueño. El corazón le latía con extrema fuerza. Le costaba trabajo respirar. El sudor provocado por el miedo se deslizaba por toda la cara. <<Otra vez ese sueño.>> se dijo mientras trataba de coger una bocanada de aire fresco. Ya era la cuarta semana seguida que había soñado con aquella extraña pesadilla, y aun no sabía el porqué.

Una fuerte ráfaga de viento golpeó violentamente la ventana de su habitación. La nieve entró. Robert se levantó para cerrarla. Diminutos copos de nieve caían en mitad de la oscura noche. Un manto blanco de un palmo de altura cubría el patio y la extensa pradera que se interponía entre él y el Bosque del Lobo. La nieve se acumulaba en los tejados, en las torres y los árboles. Recordó lo mucho que había deseado de niño ver aquel manto de nieve con el que poder jugar. <<Ya no soy un niño.>> Intentó convencerse de sus palabras. A lo lejos, sobre una de las empalizadas, vio como uno de los mozos de cuadras quitaba con una pala de madera y metal oxidado, la nieve que se iba acumulando sobre los tablones de pino. Montículos de nieve se extendían a todo lo largo del suelo.

Cuando apartó la mirada del muchacho pudo ver como uno de los guardias, envuelto en un grueso abrigo de piel de licántropo, gorro de lana y guantes de cuero, paseaba por la empalizada agitando contra su cuerpo la mano que le quedaba libre. Podía verse como el aire que salía expulsado de su boca y su nariz a través de la bufanda, se condensaba al instante. Cerró los postigos para que el viento no volviera abrirla y la nieve dejara de acumularse en el suelo combado de listones de madera.

Caminó hasta un pequeño mueble que sostenía una palangana de bronce con manchas verdosas, y una pequeña jarra blanca de cerámica con agua en su interior. Vertió un poco de esa agua y sumergió la cabeza. Un mar burbujeante salió a la superficie. Las manos aun le temblaban por el miedo y el agua helada. Un trapo descolorido y deshilachado le sirvió para secarse la cara.

Algo más despejado, pero con los nervios a flor de piel recorriendo cada una de sus extremidades, avanzó descalzo por el suelo rugoso, hacia un pequeño armario. Podía sentir como el frío de la madera se aferraba a sus pies. Abrió sus puertas para coger la ropa y comenzar a vestirse para el

nuevo día que se avecinaba.

Sustituyó la camisa y los calzones de lana acolchada y empapada en sudor por otros del mismo color blanco apagado. Se puso la pesada cota de malla gris, unos pantalones marrones de fina lana rojiza y un cinturón de cuero con una simple hebilla de hierro. Cogió sus maltratadas y desgastadas botas de cuero. Ató a su cinturón su espada corta y su daga. Por último se echó a la espalda la capa de piel de licántropo y sus guantes de cuero. Antes de salir por la puerta se llevó bajo el brazo el casco de hierro que cubría su cara por completo. Sus ojos grises se perdían entre el acero y sus espesas cejas. En su frente llevaban marcado el símbolo de la guardia fronteriza: una lanza y una espada cruzadas.

Robert bajó las escaleras hasta llegar al salón donde comían los oficiales. No le resultaba extraño que en aquellas horas de la madrugada la sala estuviera aun vacía. La chimenea estaba encendida. Se acercó hasta ella, se quitó los guantes y extendió las manos hacia las ardientes llamas. Uno de los nuevos cocineros que había llegado al fuerte, pasó junto a él, con la mirada baja y paso ligero. Aun llevaba los ropajes con los que había llegado hacía ya un par de días; pantalones de lana áspera como la corteza de un árbol, camisa de tela y un jubón blanco. Le sentaba mal; era demasiado ancho y de mangas largas. Eran las ropas de un hombre, no las de un muchacho de su edad.

—La comida no está aún preparada— dijo mientras movía las llamas con un atizador—. Si lo desea le puedo servir alguna bebida caliente y un poco de pan de pasas.

—No hace falta— respondió Robert, observando como el joven cocinero con la cara cubierta de granos y las manos y ropas manchadas, preparaba el fuego para el cocido de habas. <<Está muy delgado>> se dijo

—¿De quién son esos ropajes?— preguntó, examinando cada detalle del muchacho.

—Son míos m-mi señor— le respondió sin apartar la mira del fuego. Su rostro cubierto de grasa brillaba bajo la luz de las llamas—. Mi padre me los dio antes de partir de la granja. Eran suyos. Sus mejores ropas— dijo con orgullo—. Solo las llevaba cuando iba al gran mercado de Sellum a vender la cosecha de trigo y maíz.

—No son buenas ropas.

—Mi familia es pobre— dejó a un lado el fuego—. Mi padre quería que tuviese una buena presencia ante mi nueva familia.

—Familia— repitió ausente. Nunca había tenido nada parecido a una

familia—. No debiste haberlos dejado. Quizás no vuelvas a verlos jamás.

—Esta es la única forma que tengo de salir de la dura vida del campo.

—Te has equivocado de lugar. Aquí solo hay miseria y muerte.

—Lo mismo ocurre en las tierras de las que procedo. Los bandidos atacan sin descanso. Roban y matan. Y nadie mueve un dedo por detenerlos. Por eso estoy donde estoy, para algún día poder hacer justicia.

—Haciendo gachas y agitando troncos...no creo que llegues muy lejos.

—Mi señor, usted lo consiguió.

Robert soltó una pequeña carcajada.

—Lo conseguí porque todos los que había por encima de mí desaparecieron en el Bosque del Lobo. Si tienes suerte moriremos y ascenderás, sino estarás toda tu vida haciendo esas tareas— señaló con su mano hacia la chimenea—. Al igual que yo hice antes que tú.

Dejó a un lado al muchacho para dirigirse por un ancho pasillo que lo llevaría directamente a las cocinas. Cuatro antorchas situadas en cuatro argollas que colgaban de las paredes de piedra ennegrecida, arrojaban luz al pasillo. Cuando entró por la puerta vio como los ajetreados cocineros preparaban apresuradamente el desayuno. Los aromas que allí respiró le abrieron el apetito. Junto a la puerta principal, Robert se sirvió de un trozo de humeante pan recién hecho que había en una gran banasta de mimbre. Se sentó en un taburete y comenzó a dar voraces bocados. El ardiente pan se le deshacía en la boca. Era como si llevase días sin probar bocado.

—Estaría más cómodo en el salón— le dijo un cocinero delgado, con el pelo largo, una larga barba canosa y un delantal cubierto de sangre, harina y vino tinto. En su mano llevaba un gran cuchillo de carnicero. El acero brillaba con la luz que desprendía el fuego que chisporroteaba en la gran chimenea. Una gran olla de metal colgaba de un gancho.

—Aquí estoy bien; esto me recuerda a mi hogar. <<Me recuerda al hogar que tuve durante una semana>>

A los quince años trabajó en las cocinas de un señor menor de la ciudad de Linberis. Al séptimo día abandonó la casa, pero no sin antes llevarse algunos recuerdos que compartió gustosamente con su amigo el mendigo. Durante un mes, los dos estuvieron comiendo caliente y durmiendo en cómodos colchones de plumas de ganso. <<Una cama digna de un rey>> le decía el mendigo todas las noches, antes de irse a dormir. Le fue difícil

dejar aquellas comodidades.

—¿Os criasteis en unas cocinas?

—Algo parecido— Robert miró como uno de los aprendices pelaba patatas. Cogía una del mugriento saco. Una mancha grisácea adornaba una de las esquinas. Le quitaba la piel con un pequeño cuchillo curvo y la echaba al cubo. Volvía a coger otra y otra y otra. <<Que trabajo más aburrido y desesperante— se dijo mientras el muchacho reía y bromeaba con otros cocineros—. Parece estar feliz de hacer eso.>> Ya no recordaba la última vez que sintió lo mismo que aquel joven e iluso aprendiz.

El cocinero lo dejó a un lado y siguió con su tarea. Robert se terminó la última miga de pan, se levantó y salió al exterior por una de las puertas por las que los cocineros guardaban los suministros y sacaban los pocos restos de comida que las ratas ya ni querían. <<Aquí no se desperdicia nada>> recordó las palabras del cocinero.

El tiempo era más frío de lo que creía. Robert percibió como los pocos guardias vigilaban en sus puestos, temblorosos, sin despegarse de las brasas que ardían con dificultad. Recorrió el patio bajo el incesante crujido de la nieve. Sus huellas se quedaban marcadas en la nieve por un breve tiempo, hasta que más copos las ocultaban.

Miró a su viejo amigo de paja, madera y cuero. <<Tu siempre tan callado como de costumbre>> el muñeco de prácticas permaneció inmóvil con sus brazos de madera señalando hacia el este y el oeste. La nieve se había acumulado en la base. Caminó hasta él. <<Mira lo que te han hecho>> examinó las flechas que tenía clavadas. Las plumas eran de oca y el astil de madera de cedro. <<Que pases buena noche Alfred>> le dio el nombre de uno de sus amigos de la infancia.

Dejó atrás a su amigo y se dirigió hacia la empalizada norte. Subió por las escaleras, agarrando con fuerza la barandilla para no resbalar y rodar hasta el frío suelo. El viento comenzó a soplar con más fuerza. La capa comenzó a ondear igual que una bandera en lo más alto de un mástil. La cota de malla crujía a su paso. Cuando estuvo arriba se topó con uno de los guardias.

—No deberías estar durmiendo— dijo el guardia.

—Deberías tratarme con más respeto. Aún sigo siendo tu superior— dijo Robert. David estaba envuelto en pieles cubiertas de blanco. Solo llegaba a ver su congelada nariz picuda y sus ojos saltones.

—Por poco tiempo. Cuento los días que me quedan en este maldito lugar. Muy pronto estaré en la ciudad, lejos de este frío y ese bosque— miró su

rostro cansado y agitado—. ¿Otra vez ese extraño sueño?

—Si— respondió Robert mirando hacia la nada. El camino de barro había desaparecido.

—Deberías hablar con el comandante— David se acurrucó aún más entre las pieles—. Puede que él sepa cómo ayudarte, es un hombre sabio. Ha viajado por casi todos los rincones del mundo conocido ¿Lo sabías?

—Ya lo sabía; es de lo único que sabe hablar cuando esta borracho— acercó las manos al fuego—. No sabes la suerte que tienes por abandonar este lugar.

—Nunca debería haberme alistado. Si hubiese sabido lo que ahora se...lo mandarían todo a la mierda y seguiría como pescador. No era una mala vida, dura, pero buena después de todo.

No mostró mucho interés en las palabras de David. Conocía su historia muy bien, al igual que la del resto de guardias. La lengua se les aflojaba con cada copa que bebían en el salón. El comandante hablaba sobre los innumerables viajes que había llevado a cabo durante su vida, David sobre la vida en alta mar. El cocinero sobre las cientos de formas de hacer un conejo; era como si no supiese hacer nada más. Freddy parloteaba sobre las campesinas de su aldea. Y así todos y cada uno de los hombres que habitaban en los barracones y habitaciones. Cada uno con su historia.

Robert clavó la mirada en una de las torres más cercanas a Alfred.

—¿Dónde está el guardia de esa torre?— preguntó Robert intrigado.

—¿Qué guardia? Esta maldita ventisca no me deja ver más allá de mis narices.

—El que debería haber en esa torre de allí— señaló con la mano hacia la gran torre blanca.

—Se habrá quedado dor...

Una flecha atravesó veloz el cuello de David. Unos cuantos eslabones de la cota de malla saltaron a la nieve. El cuero se desgarró allí donde la punta lo besó. Intentó balbucear algo.

La sangre comenzó a regarlo todo. El golpe fue amortiguado por la nieve que el mozo no había retirado con su pala astillada de madera. Robert se arrodilló para ver como la vida de su amigo se le escapaba de las manos. Otra flecha pasó silbante justo delante de él para estrellarse contra la empalizada. Sus ojos sin vida lo miraron fijamente. <<Adiós amigo.>>

Cuando se levantó vio como los asaltantes saltaban por encima de la empalizada. Asomó la cabeza por encima de la muralla de madera; los enemigos seguían llegando. Una flecha le acertó en la vaina de su daga. Se asustó. Quito la flecha, con manos temblorosas. Los nervios y el miedo se estaban apoderando de él. Le costaba respirar.

Se tiró al suelo, junto al cadáver. Apartó la cabeza con uno de sus pies para que dejara de mirarlo. <<No puedo hacer nada— le dijo mientras abrazaba sus rodillas—. Soy un cobarde, aquella voz tenía razón. Todos lo sabéis y aun así confiasteis en mí. >>

Uno de los guardias de una de las torres corrió hasta él e hizo sonar la campana de hierro fundido que tenía a unos pocos pasos. Los copos de nieve se acumulaban en su capa. La campana resonó una y otra vez por todo el fuerte. Tomm...Tomm...Tomm. El sonido se entremezclaba con el silbido del viento. Robert se tapó los oídos mientras balanceaba su cuerpo hacia delante y hacia atrás. Las flechas seguían llegando de todas partes; de astil negro y plumas rojas y amarillas. Los guardias que dormían apaciblemente sobre sus camastros de paja, dentro de los barracones, comenzaron a salir. Aun medio dormidos y armados solo con espadas y lanzas. Si no los mataban los asaltantes, lo haría el frío.

El guardia agarró a Robert por la capa sin decirle ni una palabra y lo levantó como si nada. Lo bajó arrastras por las escaleras que daban directamente al patio de armas, donde el combate se desarrollaba más intensamente. <<Deja de mirarme. Tu no entiendes nada, solo eres un muñeco>> torció la cabeza para que Alfred no lo viera con su rostro de paja y cuerda trenzada de cañamo. Vio con sus propios ojos como sus amigos y compañeros eran masacrados. Por todo el fuerte lo único que se oía eran los gritos y el cantar del metal chocar entre sí. La sangre comenzó a teñir toda la nieve, al igual que un pintor lo haría con un lienzo en blanco. Los guardias se retorcían de dolor; semidesnudos. Sus cuerpos pronto se amaratarían y se hincharían. Para Robert era la primera vez que se veía sumergido en un combate.

<<Esto no es real. Aún sigo durmiendo. iiiiEsto no es real!!!!>> Se golpeó la cabeza con ira. El dolor era muy real. Tanto que llegó a sentir un gran escalofrío. Todo lo que sus miedosos ojos estaban viendo era muy real.

—Lucha, o yo mismo te mataré— le gritó el guardia a la vez que miraba atónito. Iba vestido con una gran capa de licántropo. Bajo ella vestía un jubón acolchado y un peto de cuero con remaches dorados.

—No quiero luchar, soy un cobarde— una lagrima recorrió su mejilla empapada en sangre y agua, hasta desaparecer en su barba sembrada

por trozos de pan.

—Como quieras. Si morir como un cobarde es lo que quieres, respetaré tu decisión. Que los dioses te guíen al más de los terribles infiernos— el guardia corrió hacia el combate con una maza entre las manos y un escudo redondo.

Oyó como algo se acercaba por su espalda. Robert se giró muy lentamente, dibujando un círculo en la nieve. Vio a uno de ellos con una sonrisa dibujada en su rostro sudoroso y marcado por un corte.

—Así que eres un cobarde. Está bien saberlo. Procurare que tu muerte sea lenta y dolorosa.

Robert lo miró. <<Al fin mi patética vida va a terminar.>> su adversario vestía una pesada armadura de placas con hombreras de color verde. Tenía cosido con hilo basto un blasón; un sol rojo sobre un campo negro. Un cinturón de cuero rodeaba su enorme cintura. Su enorme cabeza iba protegida por un yelmo de cuero con algunas placas de metal. No se molestó en protegerse la cabeza con un caso más resistente. ¿Quién podría asestarle un golpe a tal altura?

<<Puedo sentir en miedo de un niño en ti>> recordó las palabras de la voz de su sueño.

—¿No saldrás corriendo?— preguntó—. Cuando mueras añadiré otra muesca a mi hacha, aunque seas un cobarde— el largo mango que sostenía estaba lleno de pequeñas muescas, tantas que no hubiera podido contarlas aun estando solo en la tranquilidad de su habitación con una buena jarra de vino y un pichón asado con zanahorias y patatas.

Le hubiese gustado responderle, pero no le salían las palabras. <<¿Por qué voy a querer huir? La muerte es mi única forma de huir de este mundo>> pensó. El labio superior le temblaba. Estaba empezando a coger el tono de la muerte.

Comenzó a reírse de él. Vio cómo su estómago se hinchaba y se deshinchaba con cada nueva carcajada que escupía por esa enorme boca. La cota de malla tintineaba. Desenvainó con sus temblorosas manos la espada, la que tantas veces había usado contra su amigo de paja. Seguía riéndose sin parar. Estaba al borde de un ataque. <<Si sigue así no tendré quien me libere>> Tenía los dientes tan blancos como la nieve que pisaba, o al menos parte de ella. No lograba entender como un hombre de su edad pudiese tener semejante dentadura. <<Que importa como los tenga. Dentro de un rato estaré muerto y ya nada me importara.>> Aquella monstruosidad de carne y hueso, metal y cuero, que tenía delante

no era ni de lejos tan inofensiva e inmóvil como Alfred.

El monstruoso hombre lanzó la pesada hacha. El baile dio comienzo. Sin saber cómo, su agarrotado cuerpo logró esquivar el ataque. La hoja se abrió paso por la nieve hasta clavarse en el barro. El hacha volvió a lanzarse contra Robert. La sangre y el barro que tenía pegada le saltaron a la cara. Retrocedió unos pasos. La hoja pasó tan cerca de su cuello que cortó las ataduras de su capa. El broche de bronce se enterró hasta la mitad cuando cayó a la nieve. No sabía si era el miedo lo que le hacía esquivar el metal o que aún quedaba en él un atisbo de valentía. Lo dudó. Quizás después de todo algo podía salvarse. Se quedó muy sorprendido al ver con que agilidad su oponente manejaba aquella pesada arma. Por un momento pensó que no era de este mundo.

<<¿Por qué no se cansa?— pensó en los demonios que aparecían representados en los textos sagrados—. No puede ser un demonio, ellos no tienen los dientes tan blancos>> el Gran Hijo Caído solía decirles en las ceremonias que cada uno veía a sus demonios de distinta forma. Eran grandes y pequeños, con mil caras y de mil colores diferentes. Con miembros largos y cortos, caras deformes o bellas. Un sinfín de posibilidades al alcance de las personas que debían afrontarlos.

Por un instante su miedo desapareció y comenzó a recordar todo lo que había aprendido durante sus tres años de entrenamiento con Alfred. El cobarde se había escondido. Cuando su adversario volvió a lanzar otro ataque, el pesado hacha se quedó clavada en un tocón que llevaba allí desde que el llegó. Cuando las cosas no le salían bien, desataba su ira contra el trozo de madera. Lanzó su espada contra el desprotegido cuello de aquella mole. El metal besó la carne. Levantó la espada sobre su cabeza y volvió a lanzarla otra vez y otra vez. La sangre brotó sin control. La cabeza, junto con el resto del cuerpo cayó al suelo. Robert cogió el miembro amputado para examinarle los dientes, no supo porque lo hizo. No era el mejor momento para saciar su curiosidad. Pero puede que esa fuese la única oportunidad de hacerlo <<Ya no los tienes tan blancos>> vio como dos afilados colmillos salían de su boca. En ese instante comprendió que no se estaban enfrentando a unos simples bandidos.

—¡Robert!— llamó el comandante de la guarnición mientras caminaba hacia el entre los cadáveres de su hombres—. Esos malnacidos son vampiros— podían verse su palabras confusas en sus ojos ebrios.

—He matado a unos de ellos— dijo jadeante. Le mostró su trofeo igual que un niño enseña un nuevo descubrimiento. Tenía la boca y los ojos abiertos. Goteaba sangre de su cuello sobre los pies de Robert—. Mira. Son vampiros— metió su dedo en la boca para señalar los colmillos.

—¿Por qué iban a querer atacar en un lugar tan alejado de sus fronteras?— preguntó el comandante en voz alta. Pisó el broche de la

capa de Robert. No sintió como la aguja atravesaba el cuero y se clavaba en su piel endurecida.

—No lo sé. <<De saberlo no estaría aquí, estaría en el burdel, bajo las sabanas de una cama caliente>> se mordió el labio amoratado. A penas pudo sentir como dientes se clavaban en la carne.

—Hay que avisar a la ciudad, deben saber de este ataque— le dijo—. Coge un caballo Robert y ve a la ciudad para informar de lo sucedido.

No dijo nada. Deseaba salir de allí lo más rápido posible, sin mirar atrás.

<<El cobarde ha vuelto>> se dijo con voz calmada.

Robert corrió a los establos con dificultad, sus pies se quedaban clavados en la nieve. Estaba desesperado por llegar hasta uno de esos caballos. No importaba cual. Habría salido corriendo si hubiese podido. Cuando llegó, un pequeño fuego había comenzado a originarse en la parte este, junto a los abrevaderos. Un humo gris comenzó a entrar en las cuadras de los caballos y asnos mientras los liberaba. Los animales relinchaban y coceaban asustados. <<Debo liberarlos a todos.>> Se dijo mientras abría uno por uno los cerrojos.

Los caballos quedaron libres de sus ataduras y corrieron asustados por todo el fuerte. Uno de ellos lo empujó contra un travesaño del que colgaba una lámpara de aceite. El aceite cayó contra un montoncito de paja seca mezclada con tierra y excrementos frescos. Fuego y humo cubrían ya todo el techo. Era espeso, como el potaje de habas que el cocinero estaba preparando. Una tos seca se apoderó de él. Robert logró liberar al último de los animales y montar. Era negro y robusto. Se agarró con fuerza a las crines y salió al galope, cuando algo lo golpeó en el pecho con tanta fuerza que lo derribó de la montura. Por un momento se quedó sin aliento. Todo a su alrededor giraba al igual que las aspas de un molino. Allí, tirado sobre la blanda nieve teñida de barro y sangre, pudo ver como el techo de los establos se desmoronaba y era devorado por las llamas. Una columna de humo se elevó muy por encima de las torres. El calor lo abrazaba.

Se puso de rodillas y levantó la cabeza. Cerró el puño. Los últimos gritos y lamentos se fueron desvaneciendo. El sudor se mezclaba con la sangre que corría por su cabeza hasta perderse entre la capa de cuero y la armadura. A diez pasos, observó con indiferencia como el muchacho del salón era devorado. Había muerto con un cuchillo en las manos. Estaba limpio. <<Hasta yo he matado a uno de ellos— miró sus ojos verdes. Aún quedaba algo de vida en el—. ¿Sabrá lo que le está ocurriendo? Pronto resolveré mi duda>> Al regresar en sí, vio como había sido rodeado por sus enemigos. Uno de ellos lo miraba fijamente, con el rostro serio,

adornado por una cicatriz. No reía. No decía nada, solo miraba.

—Adonde ibas pequeñín— dijo el vampiro que lo derribó—. La fiesta aún no ha terminado para ti— lo miró con su único ojo. Era azul como el hielo. Una cicatriz de color blancuzco adornaba el lugar donde debería de estar el otro. Su armadura era pesada y muy roja. El blasón de su casa lo tenía grabado en una placa de metal sobre el corazón; una mariposa verde y amarilla sobre un campo amarillo y verde.

—¿Quién eres?— preguntó Robert tratando de levantarse. Le dolía a rabiarse la rodilla y le costaba respirar. No sabía si era por el humo o por el golpe, o por las dos cosas—. ¿Por qué nos atacáis?

—Mi nombre es Kein— respondió el vampiro, haciendo caso omiso al resto de preguntas—. Me gusta tu capa de lobo. ¿Mataste tú mismo al lobito o solo te limitaste a colgártela de la espalda?— miró la capa cubierta por la sangre del vampiro que Robert había decapitado.

Robert se levantó. Su rodilla le dedicó un dolorido crujido. El golpe que había recibido en el pecho le dolía casi tanto como el de la cabeza. A su alrededor los últimos de sus compañeros caían devorados por sus enemigos.

—¿Qué hacemos con él?— preguntó Kein al resto de vampiros.

—Yo tengo aun hambre— dijo uno de ellos relamiéndose la sangre que manchaba de sus labios y barbilla. Tenía sus pequeñas manos cubiertas de sangre. Su cabeza estaba protegida por un casco de cuero que hacía desentonar sus grandes y pobladas cejas. Uno de sus ojos era verde y el otro gris. Su nariz era picuda, muy picuda.

—Matadlo— dijo su líder—. Nosotros no nos alimentamos de la sangre de un cobarde. Graba eso en tu cabeza novato.

El vampiro con el ojo verde envainó la espada ensangrentada. Disfrutaba mucho matando a sus enemigos con sus propias manos. Siempre lo había hecho, incluso cuando era humano. <<Es la mejor forma de conocer a tu enemigo.>> Solía decirles a los demás. No le pareció igual de divertido cuando unos de sus compañeros lo estrangulo mientras dormía para arrebatarse el botín. Cuando despertó en las alcantarillas, rodeado de ratas y mierda, fue en su busca para cobrarse su venganza y su botín de oro y plata.

Rodeó el cuello de Robert con delicadeza y apretó con cierta fuerza. Cuanto más tardase en morir mejor, más podría sentir como la vida de su presa iba desapareciendo poco a poco entre sus dedos.

De repente, la punta de una lanza atravesó el hombro del vampiro. Soltó un grito de rabia. Robert cayó al suelo. Freddy lo ayudó a levantarse. Sus pies fantasmales se arrastraban por la nieve. Lo subió a la montura. Dio un golpe al caballo y se puso al galope. Dirigió la mirada hacia Alfred. <<Adiós amigo. Volveremos a vernos en la otra vida>>

El caballo pasó por el arco de fuego en el que se había convertido la puerta. Una flecha se clavó en la silla de montar y otra en la pierna de Robert. A lo lejos pudo oír como el más absoluto de los silencios caía sobre el fuerte. <<Están todos muertos>> Torció la cabeza para mirar hacia el fuerte. Las llamas lo iluminaban en mitad de la nada. Deseó llorar con todas sus fuerzas, pero por primera vez en toda su vida no pudo. Nunca antes lo habían herido. Jamás habría imaginado que se pudiera sentir tanto dolor. Toda la pierna le ardía a rabiar, era como si el fuego lo hubiera alcanzado.

—Preparaos. Se nos ha escapado una de esas ratas— gritó rabioso el vampiro herido por la lanza.

—Dejadlo— dijo Demetrius Glish—. No llegara muy lejos— miró los establos—. Apagad ese fuego antes de que lo devore todo. Pronto amanecerá.

Los días y las noches pasaron. Cuando se cayó por tercera vez, se ató a la silla de montar con la cuerda de un viejo pozo seco de una granja derruida por el paso del tiempo. Robert estaba completamente desorientado a causa de las altas fiebres. Pronto todo acabaría, podía presentirlo. Se le escapaban de los labios las oraciones que el mendigo le había enseñado mientras observaban como los hijos caídos del Errante, paseaban por las calles de la ciudad, tocando las tres campanas de los Tres Caídos. <<Si todo lo que pregonaban tenía algo de cierto, no tardaremos en vernos mendigo>>

Al día siguiente comenzó a nevar y al siguiente paró. Atravesó una extensa pradera helada. Se desató del caballo. La cuerda le había dejado entumecida la espalda. No había ni una sola parte de su cuerpo que no le doliera. En varias ocasiones intentó arrancarse la flecha, pero le fue imposible, ya formaba parte de su pierna amoratada he hinchada.

El caballo lo llevó hasta un riachuelo medio congelado. Las briznas de hierba estaban atrapadas por el hielo. Un fino hilo de agua aun corría entre las piedras y los trozos de hielo que se habían desprendido. Allí resbaló y cayó junto a la orilla. Su cabeza se golpeó contra una frágil placa de hielo.

A cincuenta pasos de él, un grupo de nueve hombres...ocho...siete, no estaba seguro de cuantos, daban de beber a los caballos. Se quedaron mirándolo. Dos de ellos se acercaron con cautela. Vestían armaduras

acolchadas con la zarpa de un licántropo bordadas en el pecho, sobre un campo rojo. Mientras otros dos cruzaban el riachuelo armados con arcos cortos.

El primero en llegar se arrodilló ante él y le dio la vuelta antes de que se ahogara. Los arqueros seguían apuntándolo con sus flechas.

—Maison— dijo el hombre. Soltó la espada en el suelo y se quitó el yelmo cónico, rodeado de cota de malla—. Aún sigue con vida.

—Subirlo a Sabio, lo llevaremos a la ciudad— dijo Maison—. Zagan sabrá qué hacer con él. Esperemos que sobreviva, me gustaría saber que le ha pasado y porque lleva una flecha vampira clavada en la pierna.

Capítulo 4

Marcus

Los perros y los gatos callejeros dominaban las calles embarradas, abarrotadas por los escombros de aquellos edificios que no habían soportado más el duro invierno del norte. El día había amanecido tan gris como el día anterior y el resto de días de la semana. La nieve se acumulaba por todas partes, casi un metro de altura llegó a alcanzar la noche anterior. Los cristalinos carámbanos de hielo colgaban de tejados y balcones, grandes como niños de seis años, y puntiagudos como lanzas.

La taberna el Árbol Talado estaba completamente desierta, al igual que el resto del pueblo. Un gran fuego ardía en la chimenea de ladrillos rojizos, cubiertos por años de capas de hollín. Sus carbones chisporroteaban cada vez que el anciano posadero de pelo plateado y escaso, los atizaba con el atizador de hierro. El olor a leña quemada se mezclaba con el de la sopa de ajos y pan duro que salía de la pequeña cocina.

Marcus y sus hombres permanecían sentados bajo la protección del calor. Bebían cerveza y hablaban en un tono calmado. La mujer del posadero, veinte años más joven que su esposo, salió de la cocina con una olla humeante de bronce y un gran cucharón de madera roñoso en su interior. Su delantal de cuero la protegía del calor. El posadero le puso unos cuencos de madera y unas cucharas.

—¿Les sirvo un poco de sopa?— preguntó la mujer con la mirada perdida mientras ponía la olla sobre la mesa. Tenía la espalda arqueada—. Esta recién hecha. No lleva ni carne ni pescado, pero calienta el estómago en esta época tan fría— removió el turbio caldo con el cucharón para que salieran a flote los trozos de pan y ajo.

—Yo voy a pasar— dijo Sam echando el plato con brusquedad hacia un lado. Su cota de malla arañó la mesa. <<¿Quién quiere sopa habiendo cerveza?>> Volvió a centrar su mirada en la jarra.

—¿El resto comerá, o también despreciara mi comida?— gruñó la mujer. Estaba delgada como el palo de la escoba que adornaba una de las esquinas, aunque sus ropajes de luto la hacían parecer más gorda. Todos los huesos de su cara estaban marcados en su arrugada piel. Su pelo era quebradizo y de un color cobrizo. Su aspecto no tenía nada que envidiar al de su marido.

—Comeremos— dijo Marcus extendiendo su plato hacia ella. No le agradaba ofenderla y quería pasar desapercibido. Llevaba una cota de

malla ceñida de un gris apagado con un trozo de tela sin blasón.

—Bien— dijo en tono osco. Apartó una rata gorda y peluda con la pierna. El animal chilló y corrió hacia la cocina en busca de algo de comer. Estaba famélica, como todos allí.

Cogió el cucharón y lo sacó cargado de caldo aguoso y trozos reblandecidos de pan tostado. Llenó los cuencos hasta el borde. Un ligero humo salió despedido del caldo hirviendo. El caldo del cucharón regaba la mesa y las mangas de los hombres que la rodeaban. Cuando la mujer terminó de servir a sus únicos clientes en semanas, volvió a echarse la olla al delantal quemado para desaparecer entre las cortinas grasientas repletas de manchas negras, marrones, rojas, moradas...un arcoíris tan sucio como el suelo que pisaba. Ninguno de sus fantasmales clientes se había quejado. ¿Por qué molestarse en limpiarlo si a nadie le importaba su aspecto?

<<Parece hasta apetitosa>> se dijo Marcus. Después de llevar días comiendo carne de caballo seca, pan duro como el acero que portaban y piezas de fruta más podridas que sanas, aquella sopa parecía todo un manjar de reyes. No tardaría en arrepentirse de sus palabras.

Se abalanzaron a por los platos sin importarles lo mucho que quemase o su sabor. Estaba muy salada y sabía demasiado a ajo. Al parecer era lo único que abundaba en aquel desolado pueblo. <<Sabe a mierda de caballo.>> Pensó Marcus mientras tragaba otra cucharada de sopa y mordisqueaba un trozo de pan empapado de más.

—No sé cómo podéis comer eso, solo el olor me revuelve el estómago— dijo asqueado Konrad. Estaba apoyado contra la pared, sentado sobre un gran taburete. Sus ropas estaban tan empapadas y manchadas de barro como las del resto. La silueta de su cuerpo proyectaba una larga sombra sobre la pared de madera.

—Cierra la boca sanguijuela— dijo Henri con la boca llena. Su melena estaba mojada. El agua corría por su pelo rizado hasta caer sobre la mesa y sobre el plato. Más agua para una sopa ya aguada de más.

—Deberíamos cortarle la lengua— añadió Sam mientras sostenía el vaso de cerveza. Masticaba un diente de ajo entero.

—¿Todos tu perros son igual de inteligentes?— preguntó Konrad a Marcus mientras intentaba secarse la ropa pegándose a la pared.

Los licántropos comenzaron a reírse a carcajadas. Cerveza y pan salieron volando de sus bocas mientras reían o trataban de no ahogarse.

—Será mejor que te calles— Sam clavó en la mesa el cuchillo que usaba para cortar la dura hogaza de pan.

—No somos tan inteligentes como vosotros— dijo Marcus soltando la cuchara contra el plato vacío. Había dejado el plato más limpio de lo que estaba cuando el posadero se lo puso—. Por eso estas aquí con nosotros, para iluminarnos en nuestra ignorancia. <<Ya entiendo porque no hay nadie en esta posada>>

El posadero retiró las jarras vacías y los platos y trajo otra jarra llena hasta el borde. La espuma se desbordaba y corría por la cerámica con rapidez hasta estrellarse contra la mesa. Sus temblorosas manos ayudaron. Iba dejando una estela tras de sí al arrastrar los pies.

Las jarras de cerveza iban y venían tan rápido que no daba tiempo a contarlas. La desgastada mesa estaba plagada de trozos de pan y lagos de cerveza y vino. Un fuerte viento recorría las calles del decrepito pueblo. Los empañados cristales cubiertos de escarcha temblaban a su paso. El asustadizo sol escapaba de las nubes grises para hacer brillar con tonos azulados y verdosos al ejército de carámbanos que poblaba todos los rincones. Después volvía a ocultarse con la misma timidez con la que había aparecido.

Las conversaciones entre los licántropos se habían subido de tono. Bromeaban y apostaban si lo que estaban buscando seguiría en su lugar después de tantos años. El posadero y su mujer observaban desde la pequeña barra de piedra y madera de arce, como sus mermadas reservas de cerveza y pan menguaban a un ritmo muy acelerado. Las ristras de ajos colgaban de ganchos que salían de los travesaños del techo.

—Posadero otra jarra aquí— gritó Sam—. Y un poco más de pan con mantequilla.

—Diles que ya no hay más— susurró la mujer al oído de su anciano marido. Tenía la oreja plagada de pelos grises—. No quedará nada para nosotros; de que vamos a vivir.

—Compraremos alimentos con las monedas que nos deben— susurró mientras metía la jarra en un gran barril con manchas blancas y metal oxidado.

—¿A quién piensas comprárselos? Aquí no queda nadie, Tom el mercader dejó el pueblo antes de ayer— le susurró. Hubiese preferido gritarle para ver si así sus palabras surtirían más efecto.

—Es verdad, ya no me acordaba— dijo pensativo. Su memoria empeoraba día tras día. La fuerte gripe que había sorteado lo había dejado casi sin fuerzas. Sus huesos y sus músculos no respondían bien a causa del frío y

la edad—. No te preocupes por nada, cuando amaine iré al mercado de la ciudad, allí habrá comida.

—Está demasiado lejos para que vayas tu solo. Te robaran y te mataran.

<<Necios. No saben que estas bestias pueden oír todo lo que dicen>>
Konrad los miró.

—No seas tan dura mujer. Para eso tengo mi espada— murmuró mientras se alejaba. Su espada era todo menos un arma. Estaba tan mellada que no tenía filo. El óxido la cubría allí donde la mirases.

La mujer miró la espada. La guardaba junto a los barriles de cerveza. El mango estaba muy desgastado. El anciano posadero no la empuñaba desde hacía años, desde la batalla de los cien degollados.

—¿Porque estará este pueblo desierto?— preguntó Sam mientras el resto reía.

—Es por las desapariciones— dijo el posadero tras él. Las mangas de su camisa estaban empapadas en cerveza, tanto, que podría llenar otra jarra.

—¿Que?— Marcus lo examinó.

Konrad agacho la cabeza. Llevaba horas sin alimentarse. A su parecer aquel anciano y su mujer serian un buen plato. <<Debo controlarme, de lo contrario quien sabe lo que estos salvajes me harían.>> se miró la rotura del chaleco, allí donde uno de los licántropos le había clavado una daga. La sangre se había secado hacia días.

Llevaba dos días encerrado en una bodega de sangre, bajo una taberna del barrio de la Copa Vacía de la ciudad de Naus. Había estado saciando su sed del cuello de una virgen de veinticinco años. Le gustaba su pelo rubio, sus ojos grises y su piel tersa y suave como un melocotón. Cuando sació su sed, su piel dejó de ser tersa y suave, y pasó a ser arrugada y áspera como una pasa. El brillo de sus ojos desapareció junto con su inocencia. Cuando los licántropos llegaron a la taberna, el constato goteo de sangre se trasformó en un gran riachuelo a punto de desbordar.

Esa noche murieron vampiros y humanos por igual. A causa de la droga de la amatista que inhalaban los humanos de los que se alimentaban los vampiros, Konrad no se dio cuenta de lo sucedió hasta pasadas varias horas después, cuando despertó fuera de la ciudad a lomos de un caballo. La droga era utilizada para que su comida no se resistiera. Entraban en un letargo. Además confería a la sangre un sabor amargo. El efecto sumergía

al vampiro en un profundo estasis.

—Las desapariciones. El pueblo esta maldito desde hace muchos años. Desde lo ocurrido en la capilla— dijo distraído, pensando en aquel día.

—¿Qué ocurrió?— preguntó Marcus.

—Perdonad, que habéis dicho. Me falla el oído derecho.

—¿Qué ocurrió?

—La capilla ardió por culpa de una vela, y las tres campanas sagradas con ella. Los dioses están furiosos— el anciano se sentó junto a ellos como si los conociera de toda la vida—. Después del incendio, las buenas gentes de este humilde pueblo comenzaron a marcharse. Al principio cada pocas semanas, pero después era raro el día que no se iba una familia entera. Nos quedamos los que no teníamos a donde ir.

—Perdonad señores, pero no nos queda más mantequilla— dijo la mujer tras ellos.

—No importa, pronto nos marcharemos— le dijo Marcus. <<No le gusta nuestra presencia— pensó—. A mí tampoco me gustaría>>

—¿En plena noche? No puedo permitíroslo mi señor— el anciano estaba sorprendido. ¿Quién iba a querer salir al exterior con la ventisca y el frío?

—No os preocupéis, estaremos bien.

—Como deseéis— dijo resignado. Estaba mayor para discutir. Con su mujer era suficiente.

Marcus sacó de una bolsita dos doblones de oro y se los dio al sorprendido posadero que miraba las monedas receloso. No podía creer que alguien con esas vestimentas pudiera poseer tanta cantidad de oro. A no ser que fuesen bandidos ¿Pero porque alguien de esa calaña iba a pagar? Las dudas y los nervios se apoderaron de su viejo cuerpo.

—No me debéis tanto mi señor— logró formular palabra tras un rato en silencio. Su mujer no sabía a donde mirar o que hacer. Pasó por su cabeza la idea de coger la espada de su marido, pero tras pensarlo detenidamente desistió. No sabía qué hacer con ese trozo de metal viejo.

—Por las molestias causadas.

—Gracias, sois muy amable— le dijo a la vez que se levantaba y le cogía la mano—. No nos habéis causado ningún mal mi señor. Que el sordo os juzgue en vuestro camino.

—Que el ciego os guie con humildad. Y que el errante pague vuestras deudas por los caminos del pasado— añadió Henri. Dio un largo trago a su cerveza.

—Gracias por vuestras palabras mi señor. Los verdaderos creyentes no abundan por estas tierras.

Henri se encogió de hombros y siguió bebiendo. La fe le había resultado...decepción. Por muy devoto que fuese, por mucho que rezase en sus grandes templos y por muchos donativos que hiciese, los dioses no pudieron evitar que la maldición cayera sobre sus hombros. Lo perdió todo. Su castillo, sus tierras, y a su familia. Todos lo repudiaron. Vagó sin rumbo por ciudades y pueblos. Y tras años de soledad dio con otros con su misma carga. La soledad del colmillo fue su familia y el castillo de Lerián su hogar.

Cuando la noche cayó, los licántropos salieron de la posada. El posadero los despidió con una gran sonrisa y las manos llenas de monedas. Muchos de sus dientes habían desaparecido.

La nieve fue arrastrada al interior de la posada.

Caminaron por las calles desiertas, cubiertas por las montañas de nieve que cubrían puertas, y en algunos casos hasta las ventanas. Los perros y los gatos habían abandonado las frías y oscuras calles. Recorrieron la extensa pradera que había entre el pueblo y el bosque. Algunas ventanas se abrieron para ver como más necios se adentraban en aquel lugar maldecido por los dioses. Se adentraron en las profundidades del Bosque del Lobo sin importarles quien o quienes pudieran estar mirando.

La nieve no había atravesado el espeso follaje de los grandes robles susurrantes retorcidos que habitaban en su interior. El cielo gris se tornó negro. Las antorchas ardían con intensidad y solo alcanzaba a iluminar unos cuantos pasos por delante de ellos.

Perdieron la noción del tiempo. El camino estaba repleto de troncos caídos, traicioneras raíces que brotaban del suelo, tan grandes como los propios árboles, afiladas rocas y ramas que atravesaban de una punta a otra, y todo tipo de coloridas plantas venenosas.

La espesa maleza dio paso a un pequeño claro con una torre completamente derrumbada, cubierta de vegetación y nieve.

Los licántropos aprovecharon para descansar sobre la tierna nieve. Las rocas y las raíces que cubrían la pradera estaban casi ocultas. Sembraban el terreno de huellas. Marcus caminó hacia las viejas ruinas. La nieve crujía bajo sus pies. Los bloques de piedra estaban muy erosionados.

<<La última vez que estuve aquí esta torre estaba llena de vida.>> Pensó mientras cogía un puñado de nieve.

Nunca le había gustado aquel lugar ni tampoco el señor que lo habitaba. Sus ojos entre cerrados siempre tramaban intrigas, siempre que no estuviera llenando su enorme y grasienta barriga de empanadas de jabalí y guisantes. Cada primavera sus padres y su dos hermanos recorrían los tranquilos senderos de piedra del bosque para pagar los tributos a su señor; la mitad de la cosecha, daba igual cuanto fuese, la mitad era suya. Cerró los ojos e intentó recordar cada rincón del torreón.

<<A pasado demasiado tiempo.>> Se dijo mientras retiraba la nieve de una de las piedras. La roca estaba marcada con el número setenta y ocho, aunque se asemejaba más a un cero.

Escuchó unos ruidos tras la montaña de escombros. Rodeó las ruinas. Le llevó varios minutos. Los restos del tejado reposaban sobre la parte sur. Había tejas partidas y tejas enteras. Las vigas habían desaparecido en la tierra. Avanzó hasta detenerse junto a un gran roble de hojas negras y corteza arrugada que permanecía solo, vigilando a sus nuevos visitantes.

<<Ahí estaba la cocina>> tomó una bocanada de aire. Recordó el olor a leña, a panceta y asado de ciervo regado con cerveza negra. El mismo ruido volvió a llamar su atención. Entre las sombras de dos grandes árboles pudo distinguir unos grandes ojos rojos que lo seguían. Su respiración acelerada iba seguida de una nube de aire caliente. La criatura se quedó mirándolo fijamente hasta que volvió a desaparecer en la oscuridad.

—¿Qué ocurre?— preguntó Henri mientras miraba hacia donde lo hacía Marcus.

—Nos están observando— respondió Marcus.

—Quien se adentraría en este apestoso lugar para seguirnos. Ese de ahí no tiene amigos— dijo Henri señalando hacia Konrad. El vampiro miraba asustado a todas partes—. No será nada.

—Son nuestros antiguos hermanos los que nos han estado vigilando todo este tiempo— Marcus se giró hacia su amigo.

—Esos no son mis hermanos— dijo molesto. Su padre y su abuelo fueron de los muchos que dieron la espalda a su señor—. Son unos traidores. Por

su cobardía estamos donde estamos.

—No toda la culpa es de ellos. Te recuerdo que yo fui parte del problema al no haber podido detener la codicia de mis señores vasallos— volvió a mirar a la oscuridad—. Aun no es tarde para ellos.

—Ya están perdidos— contestó Henri—. Nunca volverán a ser lo que fueron. Son solo bestias sedientas de sangre.

—Recuerdas quien habitaba este torreón— le dijo antes de que pudiera alejarse.

—Lo recuerdo muy bien. Fui uno de los esclavos del conde Dagomar. También recuerdo el águila de su blasón y como lo cambio por un jabalí. Era lo único que comía— miró de reojo los restos del gran horno donde asaban sus amados jabalís—. Cuando los cazadores traían las manos vacías se las cortaba para que sirviera al resto de escarmiento.

—¿Conociste a los condes de las otras torres?

—Solo sus blasones. Mi señor no quería que entabláramos ningún tipo de relación con los sirvientes de las cuatro torres restantes.

—Yo los conocí a todos.

—El conde de más al oeste, cerca de la bahía de los limones, su blasón era una flor, no recuerdo cual, sobre un campo azul.

—Su nombre era Edgar Dugs y la flor era un lirio amarillo. ¿Qué hay del siguiente?— preguntó Marcus.

—Un...un sol sobre un campo blanco.

—Enzo Fissiod se hacía llamar. Luego estaba Kolman Galant con una pluma gris sobre un campo verde. Seguido de Lisandro con su caballo sobre un campo purpura— se ajustó el cinturón—. Recuerdo cuanto le gustaba jugar, y lo mal que se le daban los dados.

—Y por último Dagomar Rodens.

—De nada les sirvieron sus altas torres cuando nuestros hermanos los visitaron. Aún queda algo de ellos que se puede salvar— le dijo—. Pongámonos en marcha antes de que salga el sol y nuestro guía sufra las consecuencias— dio la espalda al roble para dirigirse hacia Konrad.

<<Su odio es lo único que puede unirnos>>

—¡Moveos!— gritó Henri a los perezosos licántropos que parecían haber echado raíces—. ¡Nos largamos de aquí!

El vampiro estaba maniatado por una gruesa y áspera cuerda de cáñamo. Marcus agarró la cuerda y tiró de ella hacia arriba para levantar al vampiro de la piedra en la que se había intentado acomodar.

—Yo no debería estar aquí— seguía inquieto.

—No. No deberías— le dijo al vampiro—. Pueden oler que no eres uno de los suyos. Están molestos y ansiosos por probar tu sangre, tu carne, tus entrañas y tu corazón, es lo que más les gusta. Yo prefiero evitarlo, sino no se cocina bien puede quedar muy correoso.

Tiró con fuerza de los dos extremos de la cuerda. La piel del vampiro había comenzado a amaratarse.

—Me temo que mi corazón no será de su agrado— aun le dolía el golpe sobre la ceja. La herida se había cerrado, pero aún quedaba una costra de sangre seca.

—Por eso no tienes que preocuparte, al menos de momento— descolgó de su cinturón un pellejo de oveja. Lo descolchó y se lo puso en las manos al vampiro—. Bebe. Ya tienes que tener hambre. Konrad dio unos cuantos tragos. Aquella sangre no sabía bien. Estaba demasiado fría y coagulada, y tenía un sabor extraño que no lograba averiguar. Puede que con el siguiente trago lo averiguase.

—¿Queda aún mucho?— preguntó Marcus mientras le quitaba de las manos el pellejo.

—No— se limpió la boca. La cuerda se manchó y rasgó sus agrietados labios blanquecinos.

—Por tu bien que así sea.

—Esto me agrada a mí tanto como a ti— agitó las cuerdas que lo tenían atrapado—. Cuando lo mates yo me iré por mi lado y vos por el vuestro. Cuando ella se entere de quien la ha traicionado no quiero estar en el continente.

—¿Cómo sabes que conocerá tu traición?

Guardó silencio y apartó la mirada. <<Siempre se entera de todo>>

Reanudaron la marcha. Una tormenta estallo a cientos de metros de sus cabezas. Los rayos rasgaban el cielo nocturno con violencia. Una mínima parte de su morada luz conseguía mezclarse con el naranja de sus

antorchas e iluminar a saltos su posición. Los truenos tronaban con gran furia. Las criaturas del bosque estallaron en un mar de chillidos, habían sido despertadas de su sueño.

Les llevó una hora recorrer el trecho que los separaba de su destino.

La lluvia caía con fuerza cuando llegaron a la entrada de la cueva. Marcus y Silas se quedaron a la espera mientras Sam y Henri, los más corpulentos del grupo, despejaban de rocas, raíces y plantas la entrada. Konrad miraba hacia el cielo por un pequeño claro situado entre la roca y los árboles. De nada le había servido secarse en la posada. Volvían a estar empapados. Cada vez estaba más débil. Se restregó la mano contra la costra de sangre que le adornaba el lado izquierdo de la cara. El dolor había desaparecido, aunque otros muchos habían comenzado.

Las rocas comenzaron a volar en todas direcciones. Las había grandes y pequeñas, redondeadas y afiladas. Konrad tuvo que apartarse con toda la rapidez que su cuerpo le permitió para esquivar una de ellas. Se quedó allí donde había caído, recostado sobre un tronco verde y ennegrecido que había caído no hace mucho a manos de una tormenta. Los insectos que anidaban entre las piedras huyeron hacia la oscuridad de la cueva cuando sus hogares se derrumbaron.

<<¿Por qué no se transforman? Tardarían menos.>> pensó Konrad.

Un ciempiés tan grande como su brazo subió por su pierna. Tenía el tronco era de un color verdoso con franjas en turquesa. Sus patas eran negras y las dos últimas grises. Konrad lo apartó de un manotazo. La criatura cayó cerca de un pequeño arbolillo con bayas amarillas. Se retorció, luego se estiró y se ocultó dentro de un tronco seco. Marcus miraba desde su asiento de roca y musgo mientras se limpiaba las uñas con la punta del puñal. La roña caía sobre las altas hierbas como una fina lluvia negra y marrón en días de tormenta.

—¿Por qué aquí es todo tan grande y asqueroso?— murmuró asqueado mientras limpiaba con una hoja los restos de algo pegajoso que había dejado sobre sus pantalones. No había visto nunca un ciempiés tan grande.

—No toques eso con tus manos, es venenoso.

—Todo lo que hay aquí es venenoso— tiró la hoja delante de sus pies—. Soy un vampiro, los venenos no pueden matarme.

—Cierto. Pero sí que pueden hacerte enfermar— apoyó la espalda contra un árbol—. Dentro de este bosque he visto cosas que antes no hubiese creído o imaginado— cerró los ojos y entrelazó los dedos sobre su

abdomen.

Pasó otra hora más hasta que despejaron la entrada. Los licántropos estaban jadeantes. Konrad los miró. <<Ya era hora>> se levantó con mucho trabajo por culpa de las ataduras y el cansancio.

—Ya está— gritó Sam—.Ya hemos despejado la entrada.

—Bien— Marcus se levantó. Había podido dormir un rato

La entrada de la cueva tenía forma triangular y se encontraba en la pared norte de la montaña. Sobre la pared de roca se encontraban innumerables grietas que recorrían todas las direcciones posibles. Un arbolillo colgaba de la sólida roca. Sus raíces bajaban por la pared hasta adentrarse en lo más profundo de la tierra. A su alrededor la espesura del bosque cubría gran parte de la entrada.

La humedad de la cueva se dejó sentir en cada uno de sus huesos. Por todo el túnel se podían apreciar las formaciones de estalactitas y estalagmitas formadas a través de los siglos. El agua de lluvia se filtraba por cada grieta. Se adentrando en la cueva. La luz de las antorchas oscilaba de un lado a otro cada vez que una corriente de aire las tocaba, como si de un baile se tratase. De vez en cuando la luz violácea de los rayos lograba colarse con timidez dentro del sombrío túnel.

El túnel se fue estrechando cada vez más y más con cada nuevo paso.

<<Esto no me hace ninguna gracia.>> Se dijo Henri mientras agachaba la cabeza para no darse con un saliente. La idea de no poder transformarse no le hacía especial ilusión, ya que no era muy diestro con la espada, nunca lo había sido, y nunca lo sería. A su parecer, sus garras y sus colmillos eran mucho mejor que el blando acero que se mellaba y se oxidaba.

Siguieron andando un buen trecho hasta que llegaron a una gran caverna. Bajaron por unas escaleras grabadas en la piedra que los llevó hasta un lago de aguas cristalinas que desaparecía bajo la montaña. El eco de sus pisadas resonaba por toda la sala. Al fondo de la caverna podían distinguirse tres túneles que se adentraban en las entrañas de la montaña. Tan oscuros como la boca de un lobo. Y ciertamente así era, como meterse en la boca de un lobo.

—Y bien— Marcus lo miró fijamente a sus ojos marrones. Ya apenas si quedada algo de la trenza que colgaba de su barba—. ¿Por qué túnel?

—Puede que por el de la derecha— dijo el vampiro con la mirada nublada—. No estoy muy seguro. No pude escuchar todas sus palabras. Puede que sea por el de la izquierda. Si me dieras algo más de tiempo, las

puertas del castillo son casi tan gruesas como sus muros. Es difícil escuchar con claridad.

—Normal que perdáis todas las guerras— dijo Sam.

—En qué lugar os deja eso a vosotros que vivís desterrados fuera del continente. Los cazadores os cazan para sus juegos. La guardia fronteriza de abriga con vuestros hermanos— trató de erguirse—. Los niños os tiran comida en las ciudades y pueblos para que vuestros amos tengan monedas para putas y vino.

—Has memoria— dijo Marcus a la vez que detenía a Sam—. El tiempo no está de nuestra parte.

<<Nunca lo ha estado>> pensó Marcus. Intentó no pensar en las verdades que el vampiro había dicho.

Konrad entrecerró los ojos, pensativo. Intentaba recordar por todos los medios todas y cada una de las palabras que se dijeron aquella noche en el castillo Rojo.

Pasaron cinco minutos.

El vampiro seguía intentado recordar ante las miradas de desesperación de los licántropos.

Volvieron a pasar otros cinco minutos.

Konrad seguía allí de pie, frente a las tres bocas de piedra negra. <<Derecha rima con estrecha. Eso fue lo que dijo, que el túnel se estrechaba casi a la mitad— recordó. La entrada era un enorme círculo desigual por todos sus lados—. Se quejó de lo mucho que le había costado entrar>> sabía que si se equivocaba Marcus no le daría una segunda oportunidad. ¿Cumpliría alguna de las amenazas que tanto se había molestado en recordarle durante todo el viaje?

—Es la entrada de la derecha. Ya lo recuerdo.

—¿Estás seguro?

—Si— respiró aliviado—. El túnel se va estrechando a medio camino. Fue Otto quien lo trajo hasta esta cueva. Pude oír cómo se quejaba cuando Sibila le dijo que pronto despertaría— señaló con las manos.

—Ya sabes lo que te ocurrirá si mientes.

—No soy estúpido. Se lo que tengo que hacer— dijo obstinado—. Lo que más deseo en este mundo es ver su muerte— miró sus ataduras—. Es una

pena que no pueda ver la cara de Sibila cuando venga a despertarlo y se encuentre con una montaña de cenizas.

—Puedes quedarte si quieres— Marcus le dio un empujón. Konrad intentó quedarse inmóvil pero no pudo. Sus pies se enredaron y fue a parar contra la pared de la entrada. Se golpeó con un saliente que se precipitó al suelo y se partió en dos. La roca desprendía un extraño brillo cuando la luz de la antorcha la besó.

—Dame algo de comer o no podré seguir aconsejándoos mucho tiempo más.

—Cuando lleguemos a la caverna.

El grupo se adentró en el profundo túnel. Konrad iba en primer lugar. La memoria del vampiro había resultado efectiva. Al igual que en el túnel anterior, este se fue estrechando, obligándolos de nuevo a ir en una sola fila. La montaña dejaba caer algunos pequeños fragmentos de roca sobre sus cabezas cuando sus entrañas temblaban. Las paredes estaban lisas y suaves como el mármol recién pulido.

<<Si tardamos mucho más no vamos a salir de este túnel.>> pensó Marcus. Estaba ansioso por salir de esa montaña. La sola idea de quedar atrapado lo aterrorizaba. Nunca le habían gustado los espacios cerrados, sobre todo después de trabajar en las minas de oro cuando aún era un humano corriente. Miró atrás y vio todo lo que había logrado y perdido. Las grandes derrotas y las pequeñas victorias. Las sonrisas de todos los que lo amaban y amaba. Sus hijos y su mujer. Aun podía ver sus rostros desde la cubierta del barco. Nunca olvidaría ese día—. Ya nadie recuerda esa época porque todos están muertos>> ¿Le hacía sentir tristeza pensar en todo aquello? No. Lo que le hacía sentir era pudor por todas las muertes que no había podido evitar y que habían caído en el olvido.

Al final del túnel se toparon con una pared de piedra que les impedía seguir el camino marcado por Konrad.

—¿Cómo se abre?

—Es una puerta— dijo. Marcus lo miró sin saber si se estaba burlando de él—. Basta con empujarla— dijo con rapidez—. Sibila pensaría que nadie podría llegar hasta aquí. No hay ningún motivo por el que poner una puerta de difícil acceso. ¿Quién iba a sobrevivir a lo que hay fuera?

—Nosotros lo hemos conseguido— dijo Henri—. ¿Quién más iba a desear la muerte de ese ser?

—Vosotros sois licántropos. La respuesta son muchos. No sois los únicos

que lo odiáis.

—No me gusta todo este teatro que has montado. No somos estúpidos— Marcus se acercó tanto al vampiro que podía contarle los pelos de la nariz—. Sibila nunca encerraría a su amor en una cueva sin protección.

—Os juro que no hay nada de mentira en mis palabras. Yo soy el primero que desea ver su muerte— el sudor corría por la cara de Konrad—. Me despojé de todas mis tierras y arrastré a mi familia a una guerra de la que no salieron con vida.

—La misma guerra en la que os derrotamos— replicó Sam.

—Si nos engañas.

—Me mataras. Ya lo sé.

Sus miradas se cruzaron.

—Abre la puerta— dijo Marcus. Su corta paciencia estaba llegando a su fin. No estaba muy seguro de las palabras del vampiro, pero ya que había recorrido todo aquel camino, no iba a irse sin echar un vistazo.

Konrad hizo una vaga reverencia, se giró hacia la pared de roca y la empujó. La pared no se movió. Marcus fue en ayuda del vampiro al ver como empujaba sin lograr nada. Su debilidad era tal que no habría podido mover ni un guijarro de los que la montaña había dejado caer sobre sus cabezas. La pared cedió. Sonó un crujido proveniente del interior. De los bordes comenzó a salir un fino polvo blanco que impedía ver lo que estaba sucediendo tras la pesada piedra. La boca escupió una bocanada de un aire cargado de humedad. La nube se disipó a través de las grietas en pocos segundos. Marcus echó a un lado a Konrad. Esta vez puso su mano contra la pared para no golpearse.

<<Pronto volveremos a vernos>>

Entraron dentro de la sala. La oscuridad reinaba sin oposición. Henri y Sam prendieron con sus antorchas el espeso óleo que había en unos canales situados a ambos lados de la pared. Se escuchó el crujido de los insectos al quemarse. Los siglos habían hecho que miles de ellos cayeran en las garras del líquido negro. Cuando el fuego prendió todo el óleo, la habitación quedó completamente iluminada. Las llamas formaron un círculo casi perfecto en la pared de roca azulada. El reinado de la oscuridad terminó después de tantos milenios reinando a solas.

<< Para ser un lugar tan siniestro, los colores abundaban>> Marcus acarició la pared. Se sorprendió de la suavidad de sus trazos. Miró al techo

abovedado. Era alto, mucho más que el de la caverna principal.

La roca desnuda cubría al completo la sala. En el centro se encontraba una plataforma de piedra, rodeada por un lago que lo cubría todo. Sobre la plataforma había un sarcófago de mármol blanco con algunas vetas verdes y azules. El fuego hacía brillar el mármol a la vez que se reflejaba en el agua. En la pesada tapa se encontraba el nombre del que lo había ocupado desde...desde siempre. Marcus bajó por unas temblorosas escaleras de madera. El resto esperó junto a la puerta.

Sus pasos lo llevaron a un puente de piedra que a su vez lo llevaría al sarcófago.

Marcus caminó por el puente, bajo la atenta y asustadiza mirada de Konrad. <<Tiene que estar ahí, yo oí como hablaban ella y Otto.>> se sentó en el suelo. De nada importaba si estaba de pie o no. Si no estaba ahí lo que Marcus estaba buscando, moriría igualmente. Al menos moriría lo más cómodo posible.

Un fragmento de roca del puente se desprendió, el agua bañó por igual todo lo que encontró a su paso. El techo se asimilaba a un panal, con todas esas oquedades. Cuando llegó a la plataforma, allí estaba, por fin lo había encontrado, la tumba donde reposaban los restos de Acheron.

<<Después de tantos años ya eres mío.>> Retiró la pesada tapa de mármol. La gran loza cayó de una pieza a los pies del sarcófago. Miró dentro. Allí solo había polvorientos cojines color turquesa con las iniciales RH cocidas con hilo blanco, ratas muertas y polvo, mucho polvo. Marcus posó las manos enguantadas sobre el suave borde del sarcófago.

—No está. Está vacía— susurró sin apartar la mirada del interior. Una araña salió de entre los cojines. Sus patas eran cortas y verdes, su cuerpo grande y peludo, de un color dorado.

Caminó lentamente por el tierno suelo. Se detuvo y volvió a caminar hasta entrar en el interior de otro cojín. Pasaría hambre ese día.

Marcus comenzó a quitarse la ropa. No deseaba recorrer el camino de regreso con la ropa hecha girones. Tenía sumo cuidado a la hora de enseñar su cuerpo. No se sentía cómodo enseñando todas las cicatrices que le adornaban la espalda y las piernas. Las dobló con cuidado para que no se arrugase. Como si importase. Soltó las prendas sobre el suave mármol.

Los temores de Konrad se hicieron realidad. Sin darse cuenta, Marcus se transformó ante sus ojos nublados en una bestia de pelo gris, hocico afilado y garras como cuchillos. Cogió la loza de mármol. Sus garras la arañaron. Lanzó la pesada pieza contra la pared de la sala. El mármol quedó

completamente destrozado. Los fragmentos rompieron la tranquilidad del agua. Marcus se giró. Dirigió sus ojos verdes hacia Konrad. Al ver al gran lobo de más de dos metros y medio, Konrad intentó huir por el pasillo. El furioso licántropo dio un salto y se posó frente al asustado vampiro. Henri y Sam se apartaron de inmediato de su camino. Marcus comenzó a acercarse al mismo tiempo que Konrad gateaba para intentar huir. Cuando se topó con la pared se dio media vuelta y se quedó mirando fijamente sus grandes colmillos.

—Me has engañado— dijo Marcus con vos ronca—. Te di una oportunidad y la has desperdiciado. Pagaras por tus mentiras.

—¡No! ¡Por favor no! Te he dicho la verdad— respondió muy asustado a ver las grandes fauces del lobo con todos esos afilados colmillos amarillentos. Uno de ellos estaba astillado. Su aliento apestaba—. Yo mismo los oí hablar. Los dos lo ocultaron después de la gran batalla del Molino Viejo para que se recuperase de sus heridas.

—¿Que heridas? Yo fui el último en verlo aquel día en el campo de batalla. Y no recuerdo haberlo visto herido— dijo Marcus. Puso una de sus patas traseras contra el pecho de Konrad.

—Yo lo vi huir— dijo Sam soltando una gran carcajada.

Volvió a su forma humana. El vampiro viviría un poco más si sus palabras complacían a Marcus.

—Acheron quedó gravemente herido cuando se interpuso entre el sol y Sibila— contestó Konrad. Tenía la ropa desgarrada allí donde el licántropo había puesto su pie—. Nos ocultemos en una casa abandonada en el pueblo hasta que tu ejército llegó y masacró los restos del suyo. Lo ocultemos en un lugar seguro y tratemos de alejar a tus tropas del lugar. Al caer la noche volvimos al pueblo y lo llevamos a un lugar seguro— intentó levantarse—. Sus heridas hicieron que Sibila recurriera a una extraña magia para salvarle la vida. Yo me opuse rotundamente e intentó matarme. Desde entonces duerme.

—¿Porque duerme?— preguntó Marcus—. Si de eso hace siglos.

—Recuerdo ese día— dijo Henri a Sam—. Los llantos y la sangre regaron todo el pueblo.

—Sibila no sabía que el hechizo dejaría en estancias a su gran amor durante mil años- escupió e intentó reír.

—Creo que dice la verdad— dijo Henri intentando calmar a Marcus.

—Vivirás un poco más.

—Gracias mi señor. No olvidéis vuestras ropas, sería una lástima que os las dejaseis aquí olvidadas.

Marcus se echó a reír.

—No son tan buenas.

—Dadme algo de comer— su respiración era entrecortada—. He cumplido con mi palabra.

—Cierto. Aquí tienes— miró al sarcófago. Los pantalones se habían caído al suelo. Un mar de arrugas los cubría—. No te la bebas toda, no queda más.

Konrad se aferró a la boquilla de cuero con gran entusiasmo. Las palabras de Marcus fueron devoradas por un voraz apetito. Tragó el espeso líquido ennegrecido hasta que no quedo más que las gotas que se derramaron por la comisura de su boca y mancharon la roca.

Ayudaron a Konrad a levantarse. Recobró algunas de sus fuerzas, pero no las suficientes para recorrer el camino a pie. Necesitaba alimentarse más. Lo que le habían dado no llegaba ni a tentempié.

<<Puede que este no sea mi final>> pensó. Dibujó una sonrisa en su rostro. No le duro mucho. No deseaba que lo viesan con una sonrisa.

Capítulo 5

Katherine

Habían pasado catorce años de la última vez que Katherine paso por aquel sendero de gravilla verdosa y tierra ennegrecida. Todo había cambiado en poco tiempo. Parecía otro lugar, lejano he inhóspito, sacado de los libros.

El día había comenzado con un cielo completamente despejado. Una suave brisa cálida mecía las frágiles ramas y las finas hojas de los álamos que se encontraban a su paso. El cantar de los pájaros llenaba el ambiente de una suave melodía. Hubiera deseado detener su caballo y disfrutar de aquella tranquilidad, bajo la sombra de algún árbol, sobre la suave hierva besada por el rocío. Pero no podía ¿O sí? Podía hacer lo que quisiese. Siempre lo había hecho.

El paso del tiempo había hecho estragos en el viejo camino del lago. Antes de su partida, aquel camino siempre estaba transitado por comerciantes llegados de todos los rincones de la región y viajeros que se dirigían a los pueblos cercanos a su casa. Cuando era pequeña, el gran lago siempre estaba repleto de pequeñas embarcaciones con sus pescadores y sus cañas de mimbre, y ahora después de tantos años, solo quedaban algunas barcas encalladas en la orilla noroeste. Sus velas ya no ondeaban, su madera estaba podrida y sus pescadores con sus cañas desaparecidos en el tiempo. Nadie lloraba ya por ellos. Nadie.

Las horas pasaron. Lentas como tortugas.

Una extraña sensación invadió a Katherine Grips. No podía evitar dejar de mirar en todas direcciones. Estaba nerviosa. Solía pasarle cada vez que tenía que hacer algo que la devolviese al pasado. Ese terrible enemigo al que solo podía derrotar con la muerte. La suya.

Sus dos amigos la seguían muy de cerca, Din y Judit; dos huérfanos que Katherine había conocido cuando paseaba de vuelta a casa. Miró como mendigaban cerca del gran palacio de la ciudad de Linberis. Sus caras estaban cubiertas de mugre. Sus ropas raídas. Y los huesos marcados en la piel. Durante semanas ella había estado llevándoles comida al barrio de los curtidores; pan, fruta, pescado en salazón y carne asada. Hasta que un cálido día de verano, Maira, la mujer de Jon Tacris, miembro del consejo y buen amigo de su padre, la pilló mientras cortaba un trozo de carne de una pata de cordero asado. Después de amenazarlos con fugarse y otras tantas cosas que ya no recordaba, logró convencerlos para que Din y Judit pudieran quedarse en su casa. Desde aquel día fueron inseparables.

Un ruido proveniente de unos matorrales que se encontraban entre dos grandes álamos, llamó su atención. Hasta el momento solo habían escuchado el tronar de los cascos de los tres caballos, seguido de los constantes relinchos.

<<Ellos también lo han sentido>> Katherine acarició las crines de Testarudo.

—¿Habéis oído ese ruido?— preguntó Katherine mirando hacia el bosque. Era una joven de veinticuatro años, alta, de ojos marrones con un pequeño lunar negro y pelo rojo como el fuego, recogido con una larga trenza.

—Parece que viene del interior del bosque— respondió Judit. Su caballo se retorció con brusquedad. Tenía la boca manchada de babas blancas como la nieve sucia.

—Voy a echar un vistazo— Katherine bajó de Testarudo. La gravilla crujió bajo sus botas altas, decoradas con cientos de rosas rojas. Desenvainó su espada para dirigirse hacia el ruido. Su acero era azulado—. Quedaos aquí. Y prestad atención por si lo que ha hecho ese ruido está acompañado.

<<Parece que aún queda alguien>>

—Quieres que te acompañe— dijo Din sin prestar atención a sus palabras. Estaba dando bocados a una naranja.

—Tranquilo, se cuidarme yo sola— susurró. Tomó aire. Sus pechos se hincharon bajo el corsé a juego con las botas. Soltó un suspiro.

Katherine se adentró unos metros en el interior del bosque, esquivando matorrales y piedras. Oyó de nuevo el mismo ruido. Caminó despacio hacia un grupo de piedras en parte oculto por un matorral y musgo color verdoso. Cuando ya estaba muy cerca, casi tanto que podía oler la humedad que manaba del musgo, salió de una pequeña cavidad que había entre las rocas, un pequeño conejo blanco con manchas marrones y hocico rosado. Katherine esbozó una sonrisa. Cuando tenía siete años su abuelo le regaló un conejo parecido al que llamo Manchitas. Tras quedarse un rato obnubilada con aquel animal, decidió volver hacia el camino para ponerse en marcha. Había estado demasiado tiempo entre recuerdos.

<<Ya no soy una niña, soy una mujer adulta. Ya no soy una niña, soy una mujer adulta.>> Se dijo una y otra vez sin llegar a creerse del todo sus palabras. Por las noches soñaba con la infancia que le fue arrebatada. En sus sueños se veía jugando con su amigo Thomas y los hijos de las vistas que recibía su padre. Corrían sin descanso por la colina del Saco

Empapado. Cantaban, gritaban y sonreían. Eran felices.

Cuando Katherine se giraba para ver a sus amigos, las sombras los consumían en una nube negra. No cantaban, ni reían, ni gritaban. Solo se quedaban allí, de pie, esperando a ser consumidos con el rostro pálido y los dientes negros. Giraba sobre si hasta que los altos árboles se retorcían y se convertían en solidas paredes adornadas con la sangre de sus padres. La niña caminaba por un largo pasillo con ríos de sangre corriendo por sus pequeños pies. Estaba fría, podía sentirlo con cada uno de los dedos. Cuando llegaba al salón despertaba sin poder ver los rostros borrosos de los asesinos de sus padres.

A media mañana llegaron a lo que quedaba de su hogar. <<Ya estoy aquí>> Katherine detuvo su caballo. La mente se le llenó de recuerdos, de tiempos felices en los que solo era una niña inocente e indefensa que jugaba con una muñeca de trapo, mientras observaba tumbada sobre la hierba las mariposas que se posaban sobre las flores. Cuando bajo de Testarudo, se quedó un rato mirando a su alrededor. Todo estaba tan...diferente. Una parte de la casa estaba destruida, y a la otra no le faltaba mucho para seguirla. Avanzó unos pasos hasta detenerse junto a lo que quedaba de la valla que separaba el jardín del camino. Solo unos cuantos trozos permanecían aún en pie, el resto estaba pudriéndose dispersos por el suelo, o habían sido robados por los transeúntes para algún tipo de reparación.

El sendero de piedra que la llevaría hasta la puerta estaba oculto por las hierbas que ella mima solía arrancar después del desayuno.

<<Yo pinté esa flor>> apartó con la punta de la boca un hierbajo con un pequeño sendero de babas dibujado sobre sus hojas y su tallo. La flor quedó al descubierto. El sol iluminó sus descascarillados pétalos rosas mal pintados. Lo miró. Pensó en ese día. Se agachó. Fue un amigo de su padre quien le regaló la pintura con la que marcó casi toda la valla. Cogió el trozo de tabla, y lo lanzó contra el tronco seco de una secuoya. La madera revotó y fue a parar a un charco. La flor desapareció.

Recorrió el pequeño trecho con gran pesar. Tuvo que contenerse las lágrimas. Cuando llegó hasta la puerta, la empujó con fuerza hasta que consiguió abrirla. Después de tantos años, restos de tierra, hierba y madera la habían atrancado. <<Podía haberse atrancando cuando esos hombres irrumpieron en nuestras vidas>>

Un gran agujero en el techo del salón, desde donde podía verse como el sol entraba y hacia brillar un trozo de cristal verde, le dio la bienvenida a su antigua casa. Todo a su alrededor estaba destrozado: muebles, cristales, platos, vasos, paredes... Solo en sueños había visto esa parte de la casa. Tras echar un ligero vistazo, torció hacia la izquierda para tomar el pasillo que la llevaría directa a su cuarto. Dejó escapar una lágrima.

Otra más. Esquivó un agujero que había en mitad del pasillo. Las goteras estaban pudriendo casi toda la casa. En unos años mas no quedaría nada salvó rocas y recuerdos, y pronto ellos también se desvanecerían.

Cuando llegó, abrió la puerta con suavidad. No había cambiado casi nada. Las viejas y oxidadas bisagras le dieron la bienvenida con el mismo chirrido burlón.

<<Estas rota. Tú y toda tu familia>>

Katherine se quedó mirando fijamente la ventana por la que escapó. <<Después de tanto tiempo, aún sigue abierta por el mismo sitio>> Comenzó a dar pequeños pasos por la habitación. La alfombra de lana color blanco que compraron a un mercader de las islas del Trébol Roto, estaba casi irreconocible, adornada por manchas de todos los colores y formas.

<<Esta lana puede aguantar cualquier cosa. Podéis dejarla fuera y no le pasara nada>> le dijo el embaucador comerciante a su padre.

—Te engañó padre. Esta lana no es buena— dijo. Se restregó las manos contra los ojos.

Al llegar a la estantería donde guardaba todos los libros, ninguno de ellos la adornaba ya. Una maraña sucia de telaraña cubría los estantes en su lugar. En su interior tenía la esperanza de que se hubieran salvado, aunque solo fuese uno.

La pequeña cama había servido muy bien a los animales salvajes. <<Al parecer esto es lo único que aun sirve de esta casa.>> se dijo. Quería salir de allí cuanto antes. No podía pasar más tiempo entre sus recuerdos rotos.

<<Estas rota. Tú y toda tu familia>>

Al salir de la habitación se dio cuenta de que su muñeca de trapo, la que su abuela le hizo al nacer, permanecía tirada en el suelo, cubierta de polvo y excrementos de pájaros. Se agachó y la sacudió. De ella salió una nube de polvo grisácea. La guardó en su mochila, junto con una pequeña cajita de madera adornada con motivos florales que encontró bajo una vieja silla. Se miró por última vez en el espejo. <<A cambiado mucho su reflejo>> la niña dio paso a la mujer.

Cuando salió de la casa, volvió a restregarse las manos contra los ojos. No podían verla llorar.

Sus dos amigos permanecían firmes, con las miradas clavadas en el

bosque. El acero de las espadas brillaba bajo el ardiente sol.

<<Ellos son ahora mi familia>>

—¿Qué pasa?— preguntó Katherine. <<Otro conejo asustadizo>>

—Hemos visto la sombra de un hombre en el bosque— dijo Din forzando la vista—. Deberíamos ir a comprobarlo. Esos bandidos creen que pueden robarnos.

—Bien— dijo con voz cansada—. Judit quédate aquí mientras Din y yo vamos en busca de esa sombra— Katherine salió del jardín. Caminó por la hierba, pisando trozos de valla podrida y mohosa con algunas setas creciendo sobre ellas. Se topó con uno de los postes. La talla de la rosa ya no se apreciaba en la madera.

Katherine miró hacia la maleza, donde aseguraban haber visto aquella sombra. Se fue acercando poco a poco. A medio camino vio cómo se movían las ramas de una zarzamora al mismo tiempo que las jugosas y redondeadas moras cubiertas de finas hebras iban cayendo al suelo embarrado, salpicado por los últimos vestigios del roció. De repente salió torpemente un joven que le resultaba algo familiar. El joven de apesto descuidado y un poco delgado, llevaba un pequeño hacha en la mano que movía de un lado a otro en tono amenazador. O lo intentaba.

—¿Thomas?— preguntó Katherine sorprendida al mismo tiempo que bajaba su espada. Su amigo Thomas siempre había sido muy torpe y descuidado. Los años no lo había hecho cambiar—. ¿Eres tú?

La miró pensativo, de arriba abajo. Ya había visto ese pelo rojo y esos ojos marrones. Cuando se dio cuenta de a quién estaba amenazando, arrojó el hacha al suelo y corrió para abrazarla. Tras un breve instante, apartó a Thomas hacia un lado para poder envainar su espada. El acero le pesaba en sus manos manchadas por la tristeza. Al ver que Katherine conocía a aquel joven, Din y Judit la siguieron. Judit se acercó a la maleza para ver si había alguien más escondido. Tras un ligero vistazo volvió con el grupo.

—¡Katherine!— gritó Thomas Carflint. En su polvorienta cara salpicada por el sudor había una gran sonrisa que le recorría de oreja a oreja.

—Me alegro de volver a verte Thomas— dijo. Intentaba no mostrarle la tristeza que sentía.

—Y yo Katherine— le dijo en tono afectuoso, con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué hacías hay escondió?— preguntó Katherine.

—Estaba recogiendo leña— dijo mientras recogía el hacha del suelo. La hoja desdentada salpicada de óxido se había manchado de barro.

—¿Durante cuánto tiempo nos has estado siguiendo?

—¿Siguiendo?— dijo Thomas muy extrañado—. No os he estado siguiendo. Llevo aquí casi una hora cortando leña— señaló al bosque—. Ya te lo he dicho, ¿no me crees?

Una bandada de pájaros blancos con rayas grises y largas colas, cruzó el cielo.

—¿Había alguien más contigo?— preguntó Judit. Estaba entre Katherine y Din, tan lejos como pudo del olor a rancio de Thomas.

—No— respondió en tono serio—. Me conoces muy bien. No soy de los que siguen a los viajeros, y menos aún si son amigos. En qué clase de persona piensas que me he convertido.

—Te conozco. Pero llevo años sin verte. Yo he cambiado como puedes ver, ellos han cambiado, hasta tú has cambiado— le dedicó una sonrisa.

<<Estas rota. Tú y toda tu familia>>

—No he seguido en mi vida a nadie. Ya te lo he dicho.

—Déjalo— el tono seco con el que le respondió Katherine hizo que Thomas guardase silencio.

—¿Por qué has regresado después de lo ocurrido? Pensé que no volvería a verte jamás.

Sus palabras se clavaron profundamente en su corazón.

—He venido en busca de algunas respuestas— contestó Katherine.

—¿Te quedaras algún tiempo?

—No— le dijo. Judit comenzó a intercambiar susurros con Din—. Aquí ya no queda nadie que pueda contarme todo lo que le sucedió a mi familia.

—Ah— dijo Thomas Carflint algo decepcionado—.Creo que puedo ayudarte en eso. Bueno en realidad es mi tío el que te puede ayudar no yo.

—¿Dónde está tu tío?— preguntó. Al otro extremo, Din soltó una sobre

una broma que su amiga hizo sobre Thomas.

—Mi tío y yo nos fuimos después de que ocurriera todo. Yo me vine solo hace unos años para encargarme de la granja. Pero puedo decirte donde vive. Esta solo a unos días de aquí, hacia el norte, cerca de los grandes campos de trigo.

—¿Podemos quedarnos esta noche en tu casa?— le preguntó a Thomas—. Nos quedaríamos aquí si la casa no estuviese en ruinas.

—Si— dijo con una gran sonrisa. Parecía haberse olvidado de la anterior conversación. Si Thomas no había cambia como el mismo afirmaba, la conversación estaba muy lejos de quedar en el olvido—. Además tengo algo que enseñarte que seguro que te gustara.

—Gracias Thomas. Intentaremos molestar lo menos posible.

Thomas recogió la leña de álamo que había estado cortando. No era buena leña. Estaba húmeda y carcomida. Para cuando pudiese utilizarla, ya no quedaría nada. Se la echó a la espalda y la cargó en la mula que lo había acompañado en el duro camino, para ponerse en marcha hacia la granja. La mula soltó un berrido. Los últimos rayos de sol comenzaron a esconderse y un viento frío comenzó a soplar. El tiempo cambiaba con rapidez.

—¿Qué has estado haciendo todos estos años?— preguntó Thomas al mismo tiempo que acariciaba las crines de uno de los caballos.

—He estado viajando por todo el continente y las tierras más allá del mar de Careleum— respondió Katherine.

—A mí también me gustaría viajar a todos esos lugares. Ver sus ciudades, a sus gentes y probar sus comidas. <<Lo que más me gustaría es matar a todos esos que han rechazado a nuestro único y verdadero dios inmortal>>

—Cumple ese deseo antes de que sea demasiado tarde— Katherine lo miró—. Cuanto más lejos te marches de aquí mejor. Aquí ya no queda nada más que pobreza y muerte.

—Pronto— dijo Thomas muy serio—. Aún tengo cosas que hacer por aquí. Cosas muy importantes que cambiaran mi vida.

—Como quieras— Katherine no tenía ni remota idea de a que se podría referir, si solo era un granjero, y por el aspecto que tenía no muy bueno—. Cuando te decidas ven a visitarme a la capital, te conseguiré un

barco que te llevara allí donde quieras.

—Gracias Katherine.

Al llegar a la granja, el manto de noche había caído sobre ellos. Katherine recordó la granja tal como era.

Detrás de la casa familiar se encontraban los establos, donde Katherine y Thomas iban a dar de comer a los caballos y a otros animales que su tío poseía; una mula de carga, dos bueyes blancos y una yegua. Justo al lado se encontraría el gallinero y dos cercas con dos vacas igual de delgadas que su dueño, y cinco ovejas cubiertas de lana gris. A escasos metros se encontraba un pequeño huerto con sus habas recién nacidas, lechugas y muchas más hortalizas de temporada. El gran nogal, al que Katherine se subía para coger nueces, seguía allí tan imponente, aunque algo más descuidado. En su base podían apreciarse los brotes de una higuera.

Thomas dejó la leña más húmeda en un cobertizo que había junto a la casa. La pila de troncos no ocupaba ni la mitad del cobertizo. <<Pasara frío si no consigue más>> pensó Katherine

Cuando entraron dentro de la casa, dejó el resto de la madera junto a la chimenea para que se secase. No le duraría más de media hora. Din lo siguió, y cuando su anfitrión se apartó, echó algunos troncos al interior. Sacó un pedernal y sobre un poco de paja logró sacar una llama que alimentó con unas tablillas.

Mientras tanto, Thomas fue a la cocina en busca de algo de comer para sus invitados. Katherine, Din y Judit se sentaron alrededor de una gran mesa cuadrada de roble, con dos velas diminutas que acababan de encender.

Thomas salió de la cocina con una gran bandeja de madera. La soltó sobre la mesa. Katherine pudo ver que había un pollo desguazado, seguramente de esa misma mañana, una hogaza de pan y un cuenco con aceitunas aliñadas con vinagre y unos picantes. Thomas se dirigió a un mueble que había junto a una ventana que daba directamente a una gran higuera de higos negros, de su interior sacó una jarra de cerámica llena de cerveza y una botella de vino tinto sin descorchar.

—Espero que este vino os guste. Yo mismo he recogido y pisado las uvas.

—No he visto ningún viñedo por aquí cerca— dijo Judit. Cuestionaba todo lo que no podía ver y desconfiaba de todos aquellos a los que no conocía.

—Fueron talados hace cosa de cuatro...tres años. En su lugar sembraron trigo para hacer pan— descorchó la botella y tiró con desprecio el envejecido corcho junto a Judit—. Aquí no tenemos tanta comida como en la ciudad.

—En la ciudad sobra— dijo con ironía. Antes de coger un poco de carne con pan de almendras y una copa de vino.

—Eso es cierto— afirmó Din mientras daba pequeños sorbos a la cerveza. Se macho la barba de espuma blanca. Tenía los ojos azules.

Judit soltó una carcajada. Se echó su pelo castaño hacia atrás para que no se manchase de la grasa del pollo que chorreaba sobre plato. Katherine cogió un poco de pechuga, un trozo de pan y de beber pidió a Thomas un poco de agua.

Mientras que los improvisados invitados devoraban con ansia la comida, Thomas se dirigió al sótano que había bajo la cocina. Bajó las escaleras sin más compañía que la ofrecida por la antorcha y el crujido de los tablones. Recordó las reuniones que su tío organizaba en la granja, los gritos de aquellas personas y el olor a cordero asado impregnado en hierbas aromáticas y setas silvestres que recogían por la mañana.

Una vez estuvo en el sótano, colgó la antorcha de una argolla de metal batido que había clavada en la pared de ladrillos rojizos. Avanzó unos pasos por el suelo de tierra y se detuvo frente a una estantería cubierta de polvo. Retiró unos cofres viejos y unos libros más viejos aun. Sacó algo envuelto en un trapo y lo deslió. Soltó un estornudo. Llevaba años sin bajar. Le traía demasiados recuerdos de su pasado que se esforzaba en no recordar. La tela estaba endurecida. Dos libros quedaron al descubierto. Eran de cuero liso y agrietado. Abrió uno de ellos.

—No sé cómo puede gustarle esto— hojeó las quebradizas páginas. No encontró nada que pudiera interesarle más que el polvo que flotaba a su alrededor—. Son cuentos para niños.

Salió del sótano.

<<Se alegrara más por ver estos libros que de verme a mi>> Caminó hasta la mesa y los puso sobre ella. El polvo que aún quedaba retenido salió disparado. Katherine apartó la mirada del plato y miró los libros.

—¡Esos son mis libros!— exclamó Katherine exaltada, mientras se limpiaba las manos con una de las servilletas de tela para coger uno de ellos—. ¿Por qué los tienes tú? Cuando no los vi en la estantería de mi habitación creí que no los volvería a ver jamás.

<<Estas rota. Tú y toda tu familia>>

—Esa noche mi tío y yo oímos unos gritos provenientes de tu casa— dijo Thomas mirando a Katherine—. Mi tío entró en mi habitación y me dijo que me escondiera en el sótano que hay en los establos. ¿Te acuerdas de ellos? Solíamos jugar allí de niños. El salió de la casa para ir en ayuda de tu familia. Yo lo seguí sin que se diese cuenta. Cuando ambos llegamos a la casa, ya era demasiado tarde— su voz sonó con tristeza—. Yo entré en tu habitación por una ventana que estaba abierta y cogí estos dos libros, el resto los deje allí. Pesaban demasiado. Me adelanto a mi tío, tapé los libros con una sábana y los guardé debajo de unos tablones sueltos que había debajo de mi cama. Poco después de que mi tío regresara, él y yo nos fuimos a otra casa que tiene cerca de Seis Coronas. Cuando yo regresé hace unos años los volví a sacar y los guardé en el sótano con la vana esperanza de poder devolvértelos algún día, ya que no vi tu cuerpo no sabía si estabas...muerta.

Judit cogió el tomo más pequeño. Lo examinó con detenimiento.

—¿Vistes también...?— preguntó Katherine sin poder acabar la frase.

—No— dijo Thomas—. Entré en tu cuarto por la ventana y me fui corriendo antes de que mi tío llegara y viera que no estaba donde me había dicho. No quería hacerlo enfurecer. Ya sabes de que mal humor se ponía cuando le desobedecía.

—¿Sabes que pudo pasarles al resto de los libros?— preguntó— Katherine preocupada por su tesoro de papel y cuero. No parecía importarle si Thomas vio algo más esa noche. No estaba segura de poder mantener las lágrimas a raya. No podían verla llorar.

Katherine abrió el libro por una página en la que había dibujado un mapa del continente. Lo observó. Buscó con la mirada donde estaba su casa. Cuando encontró el lugar pasó de página hasta que acabó el libro. No era muy largo. En la mayoría de las páginas no había lugar para las palabras. <<Es un libro para niños— reflexionó mientras sus amigos seguían comiendo. Hacia un buen rato que Judit dejó de interesarle el libro—. Pero es mi libro>>

—No. Puede que se los llevarsen los saqueadores. Quién sabe— le dijo—. Lo más seguro es que hayan acabado en alguna hoguera. No hay mucha gente que sepa leer por estas tierras.

—Gracias Thomas— Katherine cerró el libro—. ¿Y por qué volviste a la granja?— preguntó más centrada en los libros que en las palabras de Thomas.

<<Toda una vida de esfuerzo para nada>> los libros habían pasado de generación en generación. Se remontaban a los tiempos del emperador niño.

—Volví porque añoraba mi hogar— contestó Thomas mientras se sentaba en una silla—. Mi tío se volvió a casar. Su mujer no quería que entrañase amistad con sus hijos. Esa zorra me odia.

Thomas cortó una rebanada de pan y lo mojó en la salsa del pollo. Su silencio dejó muy claro que no quería seguir hablando más de su tío y de su nueva esposa. <<Después de tantos años sigue siendo el mismo niño inocente.>> Pensó con una sonrisa. Algo había sobrevivido.

—Ha sido un día muy largo— Katherine se levantó de la mesa—. Deberíamos descansar un poco. No sabemos cuándo volveremos a dormir bajo un techo.

Din y Judit se fueron a descansar a las habitaciones de la planta de arriba, mientras que Katherine, permaneció frente a la chimenea, sentada en una mecedora mirando fijamente las llamas. Siempre había sentido gran fascinación por el fuego. Podía pasarse horas mirando como lanzaban latigazos y cambiaban de forma y color.

—¿Por qué me preguntaste antes si había alguien más conmigo?—. Thomas se acercó hasta su amiga.

—Alguien nos estuvo siguiendo durante varios kilómetros— respondió sin apartar la mirada del fuego. Había ocasiones en las que le parecía escuchar como susurraban su nombre—. El consejo.

—No entiendo porque iban a querer seguirte, eres una de ellos, ¿o ya no?

—No lo sé.

Ese <<ella>> le sonó a burla.

—Lo sabrías si no lo fueses.

—Soy una de ellos— decir aquellas palabras le causó un gran escalofrío. <<Esa es mi herencia>>

—¿Por qué iban a querer seguirte?— volvió a hacerle la misma pregunta.

—Puede que algunos miembros del consejo quieran ver mi muerte, últimamente he estado haciendo muchas preguntas. Se han puesto muy nerviosos.

—Puede que fuese un simple ratero. En los últimos años ha aumentado su número. Estaría esperando a que os durmierais para robaros. <<Solo mis amos puede decidir quién muere y quien vive>>

—Puede que sí. Quien sabe— Katherine miró a Thomas fijamente hasta que este apartó la mirada algo nervioso por la forma en que ella clavaba sus ojos en él. Era algo tímido con las mujeres. Tal vez porque de niño tenía la cara llena de granos y tartamudeaba cuando se ponía nervioso. Solo ella lo había defendido de los demás niños. Nunca lo había visto capaz de aguantarle la mirada a ninguna mujer que se le hubiera acercado, aunque eso ya no importaba.

—Yo también me voy a descansar. No te preocupes por nada, todo se arreglará cuando hables con el consejo. Solo tienes que dejar encerrada a la Katherine que yo cosco y todo irá bien.

—Gracias Thomas— por primera vez en mucho tiempo su sonrisa fue sincera. Se había olvidado de lo que se sentía al <<sonreír>>

—Para eso están los amigos— dijo mientras se alejaba y la dejaba con el chisporrotear de los troncos como única compañía.

El día amaneció precedido por el canto del gallo. Aún seguía gustándole ese ruido. Del fuego de la noche anterior ya solo quedaban las ascuas latentes como corazones, y algunas llamas que no tardarían mucho en extinguirse. Judit fue la primera en despertarse, después de tantos años viajando y durmiendo en todo tipo de lugares, aun no se había acostumbrado a los sonidos del campo. Al bajar al salón, vio como Katherine dormía en un sofá de piel color mate que había junto a la chimenea, algo desgastado por los reposabrazos y la espaldera. En algún momento se había quemado por su costado derecho. La piel estaba quebradiza y ennegrecida.

Judit caminó hacia ella con cuidado de no despertarla con brusquedad. Al tocarle el hombro Katherine se despertó muy alterada por el sueño que había tenido. Puso en el suave y húmedo cuello de Judit un cuchillo curvo con engastes en oro y jade que guardaba debajo del cojín que usaba como almohada.

—¡Tranquila Katherine soy yo, Judit!— dijo mientras los ojos de su amiga la miraban casi inexpresivos e inquietos—. Tranquila. Soy yo, tu amiga.

Tardó unos segundos en retirar el cuchillo.

—Lo siento, estaba teniendo una pesadilla— Katherine retiró el cuchillo, y se sentó en el sofá—. No volverá a pasar— se apartó el pelo de la

cara.

—¿Dónde está Din?— Katherine alzó la mirada.

Thomas ya había puesto el desayuno sobre la mesa. Esa mañana había preparado unos huevos revueltos acompañados con unas rebanadas de pan con aceite, las aceitunas que habían sobrado de la cena y algo de bacón quemado por los extremos. No destacaba tampoco por su cocina. En realidad no destacaba casi por nada.

—Está durmiendo— respondió Judit. Se tocó el cuello. Estaba un poco enrojecido. Nada de lo que preocuparse.

—Ve a despertarlo por favor— tenía el pelo rojizo enmarañado. Las cuerdas del corsé desanudadas. Era negro con adornos en rojo y dorado—. No quiero que este durmiendo todo el día. Dile que partiremos lo antes posible. Bastante tiempo hemos perdido ya.

<<Estas rota. Tú y toda tu familia>>

Las escaleras por las que subió a la planta de arriba estaban muy desiguales y torcidas. Katherine siempre las había visto así. Torcidos como los dientes del tío de Thomas. Pasó por un estrecho pasillo repleto de los retratos de la familia de Thomas. Había más mujeres que hombres. Tocó con el puño enguantado en cuero y metal en la primera puerta que se encontró. Tras ver que no se abría decidió entrar. Din dormía sobre un colchón con tanta humedad como la que había en las paredes verdes. Tenía las sábanas enredadas en el torso. Una pierna le sobresalía por un lado de la cama. Un leve silbido salía de su nariz.

—Din...Din. Katherine te llama— dio una patada contra la cama. Una rata salió despavorida.

—Joder Judit ya voy. No sé porque tenéis tanta prisa, aquí ya no hay nada más que hacer. Déjame descansar por una vez.

—Por eso mismo nos vamos.

—¿Y a dónde sí se puede saber?— se levantó de la cama. Bostezó y comenzó a ponerse las botas.

—Vamos a la casa del tío del amigo de Katherine, ¿ya se te ha olvidado?

—No— volvió a bostezar. Esta vez con más fuerza.

—Date prisa, antes de que empiece a impacientarse.

Din bajó a los diez minutos, desorientado por el sueño. Se sentó junto a Judit con brusquedad. La silla soltó un crujido. No llevaba muy bien lo de madrugar.

—¿Dónde está tu amigo Katherine?— dijo Din entre bostezos.

—No lo sé. Creo que esta fuera.

Thomas entró por la puerta pocos minutos después, cargado con un cubo de madera y un cepillo de raíces.

—Perdonad que no os acompañe. Pensé que sería mejor preparar los caballos para que prosiguierais vuestro camino lo antes posible.

—No sé cómo podré pagarte todo lo que estás haciendo por nosotros— Katherine se levantó de la mesa y sacó de una bolsita marrón algunas monedas de oro y plata. Por una cara estaba plasmada el emblema del rey que no reinaba desde hacía cientos de años: una pluma negra con lamas azul hielo en cada punta, y en la otra cara había representado el edificio del consejo. Lo antiguo contra lo nuevo. Era la forma en la que los nuevos gobernantes recordaban a los ciudadanos más arraigados en el pasado que ellos gobernaban sobre sus vidas.

—No quiero tu dinero— dijo Thomas con humildad—. Vuestra compañía es suficiente pago. Además, en que iba a gastarlo. Ya no hay mercados ni mercaderes. La tierra es todo lo que necesito para vivir.

—Deja que al menos te pague las provisiones que nos has dado.

—No insistas, ya te he dicho que no—. Thomas le dedicó una sonrisa por si la contestación que le dio pudiese sentirle mal.

—Puedes usarlo para tu viaje. En la ciudad no hay tierra de la que puedas vivir. No podrás pagar al capitán de un barco.

—Estaría bien ver a uno que aceptase tierra como forma de pago— dijo Din—. Solo faltaría encontrar una taberna y un prostíbulo que también cobrara en...tierra. Me llevaría un saco.

—Puede que el capitán de Agua Dulce acepte— dijo Judit—. Tiene cierta obsesión por cultivar en alta mar. Dice que será la única forma de sobrevivir cuando todo quede bajo el mar— cogió una aceituna con demasiado picante—. Ahora no recuerdo su nombre— dijo con la boca llena. Muy impropio para una mujer con su educación.

—Se llama Jon pies de Alga— respondió Din. Sus pies eran de un tono verdoso y rugoso que se extendía hasta las rodillas—. Su barco navegaría mucho mejor si fuese a la deriva— el barco contaba con veinte remos

torcidos y astillados a cada lado. La vela estaba deshilachada y parcheada, y eso cuando el viento no se la había llevado—. No te lo aconsejo, a no ser que estés igual de loco. Si es así date prisa en buscarlo. Su tripulación esta mucho más loca que su capitán. Lo mataran en cuanto puedan.

—Ya tengo suficiente. No me hace falta nada más. Gracias por vuestro consejo.

—Es un verdadero placer ayudar al amigo de nuestra amiga— Din sonrió. Tenía un trozo rojo de picante pegado en uno de los dientes.

—Como quieras— respondió Katherine.

Salieron fuera cuando devoraron toda la comida. Los caballos esperaban atados a unos maderos retorcidos, agitando las colas para espantar a la nube de moscas que revoloteaban sobre sus traseros. Katherine se acercó a Testarudo para guardar los dos libros en una de las alforjas de cuero negro que colgaba a un lado de la silla. El animal agitó la cabeza. El escudo de su familia estaba grabado en el centro: una rosa azul hielo con gotas de agua corriendo por sus pétalos.

—Gracias por todo Thomas. Espero volver a verte de nuevo algún día.

—Tranquila volveremos a vernos—Thomas se dio la vuelta y entró en la casa.

Katherine se montó y partió junto con sus amigos hacia la casa del tío de Thomas.

Una vez se pusieron en marcha, un extraño escalofrío recorrió su cuerpo. Solo esperaba que aquel mal presentimiento no fuese nada o volvería a estar como al principio, sin saber que le ocurrió a su familia.

Unos días después....

La noche en la que Katherine, Din y Judit llegaron a la casa del tío de Thomas, había en el cielo una gran luna casi llena. Esa noche, todo estaba muy silencioso. A Katherine le resultó extraño, ya que por aquella zona solía haber un sinfín de ruidos provenientes del bosque.

Al llegar a la encrucijada que se dirigía a la casa, oyeron el resonar del acero. Se pusieron al galope por el sendero de tierra prensada cubierto de hierbas. Cuando llegaron al lugar, todo estaba en silencio. Los tres se bajaron de los caballos y una vez en el suelo empuñaron sus armas. Poco a poco se fueron acercando con mucha cautela desde varias direcciones. Katherine se situó frente a la puerta arqueada con una campana de metal clavada en su parte más alta. <<Los dioses protegen esta casa>> leyó la

inscripción grabada en el metal.

Cuando extendió la mano para abrirla, un desconocido la abrió por ella con suavidad hasta que se estrelló contra la pared de adobo. Le sonrió con sus dientes negros y se abalanzó con una maza entre las manos.

Detrás de la casa, Judit se topó con otro de aquellos encapuchados que intentaba escapar por una de las ventanas que daba al huerto. Cuando aquel extraño la vio, salió corriendo dirección norte. Judit se llevó la culata de la ballesta al hombro. Apuntó. Cuando lo tuvo a tiro, aguantó la respiración y apretó el gatillo. La armadura era tan inútil como fea, repleta de parches y costuras. Solo se escuchó un sonido seco.

Katherine había logrado quitarse de encima a su adversario. Su cara quedó al descubierto. Era un hombre con la cara manchada de furúnculos casi más grandes que su nariz. El acero bailó en todas direcciones. Cuando se echó hacia atrás para esquivar la bola de metal cubierta de púas, su colgante quedó al descubierto. Aquel extraño se quedó hipnotizado al ver sus colores brillar bajo la luna.

Katherine le clavó la espada en el estómago. Comenzó a escupir sangre por la boca al mismo tiempo que la miraba con los ojos abiertos como platos. Eran azules. Su rostro demacrado reflejaba miedo. Al retirar la espada, de su interior emanó un gran chorro de sangre. Aquel hombre tiró maza al suelo. La pesada bola de metal se clavó en la tierra. En un intento desesperado por salvar su penosa vida, se puso las dos manos en el estómago para intentar tapar la herida. Cayó de rodillas para después caer de bruces contra el frío suelo manchado con su propia sangre. Katherine agarró el colgante para guardarlo. <<Los rateros han aumentado>> se dijo. Antes de que pudiera volver a guardarlo entre la ropa, otro atacante que había permanecido oculto entre los matorrales le golpeó en la cabeza con una maza de madera.

Aquel hombre había visto desde su escondrijo como el colgante quedaba al descubierto. Durante un momento el dolor fue aterrador; sentía como la sangre corría con suavidad por su cara, mezclándose con la del hombre que había matado y su propio sudor. El olor le resultó agradable.

Aquel ratonzuelo se arrodilló sobre ella. Le clavó la rodilla en el pecho. Extendió la mano con pulso tembloroso. Sería la primera vez que tocara a una mujer a la que antes no hubiese pagado. Cuando ya lo tenía en la mano, Judit apareció por su espalda. Lo agarró por el pelo, y deslizó el cuchillo por el cuello cubierto de una barba que crecía a saltos. La sangre salpicó la cara de Katherine. Tiró el cuerpo sin vida a un lado. Su barba negra se tiñó de rojo.

<<Huesos y carne— pensó Judit—. Eso es lo que somos>> Judit se agachó para ayudar a su amiga a levantarse. Din llegó corriendo con la

cara y las manos ensangrentadas.

—¿Estáis las dos bien?— preguntó Din mirando de un lado a otro—. Creo que ya no hay más pero iré a echar un vistazo por si acaso.

—Si— respondió Judit mientras miraba la herida de Katherine —. Puedes irte tranquilo.

—Nosotras entraremos mientras en la casa— Katherine se incorporó y se tocó en la parte de la cabeza donde había recibido el golpe. Tenía el pelo manchado de barro—. Haber con que nos encontramos dentro.

—Nada bueno— respondió Judit. El hedor a muerte pululaba en el aire—. Te lo aseguro.

Katherine y Judit se dirigieron hacia la casa.

Al entrar se quedaron muy sorprendidas al ver aquel espectáculo de sangre y vísceras. La muerte las rodeaba dentro y fuera. La mujer del tío de Thomas se encontraba tirada boca arriba, con innumerables heridas por todo el cuerpo y la ropa manchada por completo de sangre. Apenas si podía verse el color amarillo de la ropa. Su mano agarraba un colgante de jade y lapislázuli verde con destellos...rojos. El tío de Thomas se hallaba atado a una silla, con claros indicios de haber sido torturado. Judit se acercó a la mujer. Le habían sacado los dos ojos de sus cuencas. Katherine por otro lado llegó hasta el tío de Thomas.

Tenía quemaduras y cortes por todo el cuerpo. A él también le habían sacado los dos ojos. Las paredes y el suelo de la casa estaban adornadas con salpicaduras de sangre coagulada. Todos los muebles de la casa junto con sus pertenencias estaban esparcidos por todo el suelo. Aquellos hombres habían estado buscando algo entre sus pertenencias. ¿Por qué tanta violencia por unas cuantas baratijas? Ya no tendrían respuesta a esa pregunta. Todo a su alrededor estaba muerto. Katherine se preguntaba si podría tener algo que ver con la muerte de sus padres. Fuese lo que fuese, allí ya no estaba.

<<Ya no queda nada>>

—Salgamos— dijo Katherine—. Ya no queda nada que salvar.

Antes de salir por la puerta, Katherine se frenó en seco, y al girar la cabeza hacia la izquierda vio encima de una pequeña mesita de roble los cuatro ojos. Cuando se acercó para verlo con más detalle, pudo ver que los ojos estaban en una copa de bronce pintada en dorado, con un cuervo dibujado en la base. No sabía muy bien que podía significar. Decidió llevárselos para intentar obtener algunas respuestas que arrojasen algo de luz a tanta muerte. Echó los ojos en un cuenco de madera y cogió la copa.

Salió al exterior. El olor dentro era insoportable. Din estaba arrodillado al lado del hombre de manos temblorosas. Cuando se acercaron a él, vio una marca en el cuello. Katherine clavó la rodilla sobre la seca hierba que había sobrevivido al combate, para ver mejor la marca. Din retiró la cota de malla para que se viese mejor aquel dibujo. Al descubrirle el cuello, vieron que aquel hombre llevaba tatuado un sol con un cuervo encima.

—¿Qué crees que significara esa marca?— preguntó Din sin tener idea alguna de lo que estaba viendo. Conocía vagamente las marcas de algunos de los nobles más ricos de la ciudad—. No he visto nada parecido nunca.

<<Estas rota. Tú y toda tu familia>>

—No lo sé— dijo Katherine con el rostro pensativo. Intentaba recordar todas las marcas que había visto en los libros—. Esta copa también tiene un cuervo pero no tiene ningún sol. Tráeme algo de sal

Katherine sacó un cuchillo y cortó la piel del hombre para llevarle también el tatuaje al consejo. El afilado cuchillo cortó la carne como si nada. Restregó la hoja contra el chaleco del cadáver.

<<Ya no le importará>> pensó.

—Judit, pásame un trozo de tela— Judit arrancó un trozo del bajo del pantalón. La tela se desgarró con facilidad.

—Aquí tienes— le dio a Katherine la sal y la echó sobre el trozo de piel y lo envolvió en la tela que le había dado Judit.

—¿Ya no se pudrirá?— preguntó. Din sabía sobre muchas cosas; combatir con la espada y el escudo, disparar con arco, montar a caballo, trabajar la madera, e incluso sabía algo sobre las épocas de siembra. Pero a la hora de aprender cualquier simple tarea que requiriese más de cinco minutos de atención o una lectura de más de dos párrafos, era un negado. Se podría decir que era casi analfabeto. Las letras bailaban en el papel cada vez que intentaba leer o escribir una.

—Con esto no. Lo sabrías si hubieses aprendido a leer— dijo Katherine mientras lo guardaba todo en una bolsa de cuero.

—Esas cosas son para los niños. No para los hombres.

—Y por eso cualquier niño que haya cogido un libro sabe más que tú. Le enseñaremos esto al consejo, de este modo nos creerán los más recelosos. Tendrán que hacer caso de mis palabras. Se han acostumbrado

demasiado a esos asientos tan cómodos del salón.

—Aquí no hay nada más que hacer— dijo Judit.

—Cierto—afirmó Katherine—. Volvamos a la ciudad.

—¿Avisaremos por el camino a Thomas de lo sucedido?— preguntó Din.

—No tenemos tiempo— dijo Katherine—. Hay que averiguar que está sucediendo. Esperemos que no sea demasiado tarde. Coged los cuerpos, metedlos dentro de la casa y prendedle fuego.

—Habría que enterrarlos— dijo Judit—. Deben reunirse con sus dioses. Eran los tíos de tu amigo

—A la mierda los dioses y a la mierda todo.

Avanzó con rapidez hasta la puerta de la casa, arrancó la campana y la lanzó al interior con furia. <<Los dioses le han ayudado tanto como a mis padres>>

—Eran sus creencias Katherine— dijo Judit sin poder creer lo que estaba viendo. <<Tanta carne desperdiciada>>

—Ya ves de lo que les ha servido. Quemadlo todo.

La discusión había terminado.

Din y Judit metieron los cadáveres dentro de la casa. Katherine cogió una antorcha. Miró como las llamas oscilaban en dirección a la casa. Estaban hambrientas.

La arrojó contra el tejado de paja. La antorcha formó un círculo naranja en el aire. Un silbido la acompañó. La pequeña llama comenzó a hacerse más y más grande. Se estaba alimentando ferozmente de su presa. En cuestión de unos segundos todo el tejado estaba en llamas. La paja seca crujía igual que los huesos al ser golpeados por una maza. El fuego no tardó en abrirse paso hacia el interior. A los pocos minutos, la casa entera estalló en un mar llamas anaranjadas y azuladas que rivalizaba con el mismo sol. Una gran columna de humo se elevó hasta la oscuridad del cielo nocturno. El olor a carne quemada comenzó a impregnarlo todo. Resultaba horriblemente agradable. Era carne

<<Las tribus al norte de la ciudad de Plata se alimentan de carne humana cuando las cosechas y los pactos no son suficientes para alimentar a su pueblo. ¿Por qué no podemos nosotros hacer lo mismo?>> pensó Judit. Pronto los animales salvajes acudirían a reclamar su botín. Salieron al

galope hacia la ciudad Linberis.

<<Otra pérdida de tiempo>> se dijo Katherine antes de apartar la mirada de las llamas

Al mismo tiempo en la casa de Thomas....

—Muy bien Thomas— dijo el extraño encapuchado—. Si sigues así muy pronto recibirás tu recompensa.

—Creo que Katherine sabía que la estaba siguiendo. Ha hecho muchas preguntas. No es tonta.

—No te preocupes por nada. Para ella no eres nadie.

—¿Y mi tío? ¿Ha pagado ya todos sus pecados?

—Si. Esos hombres nos han servido de mucho— dijo—. Su alma será castigada por nuestro dios.

—Gracias— dijo Thomas con una gran sonrisa a la vez que hacia una reverencia—. ¿Qué es lo siguiente que tengo que hacer?

—Esperar.

El hombre encapuchado salió de la casa de Thomas y se desvaneció en la oscuridad del bosque sin dejar rastro alguno.